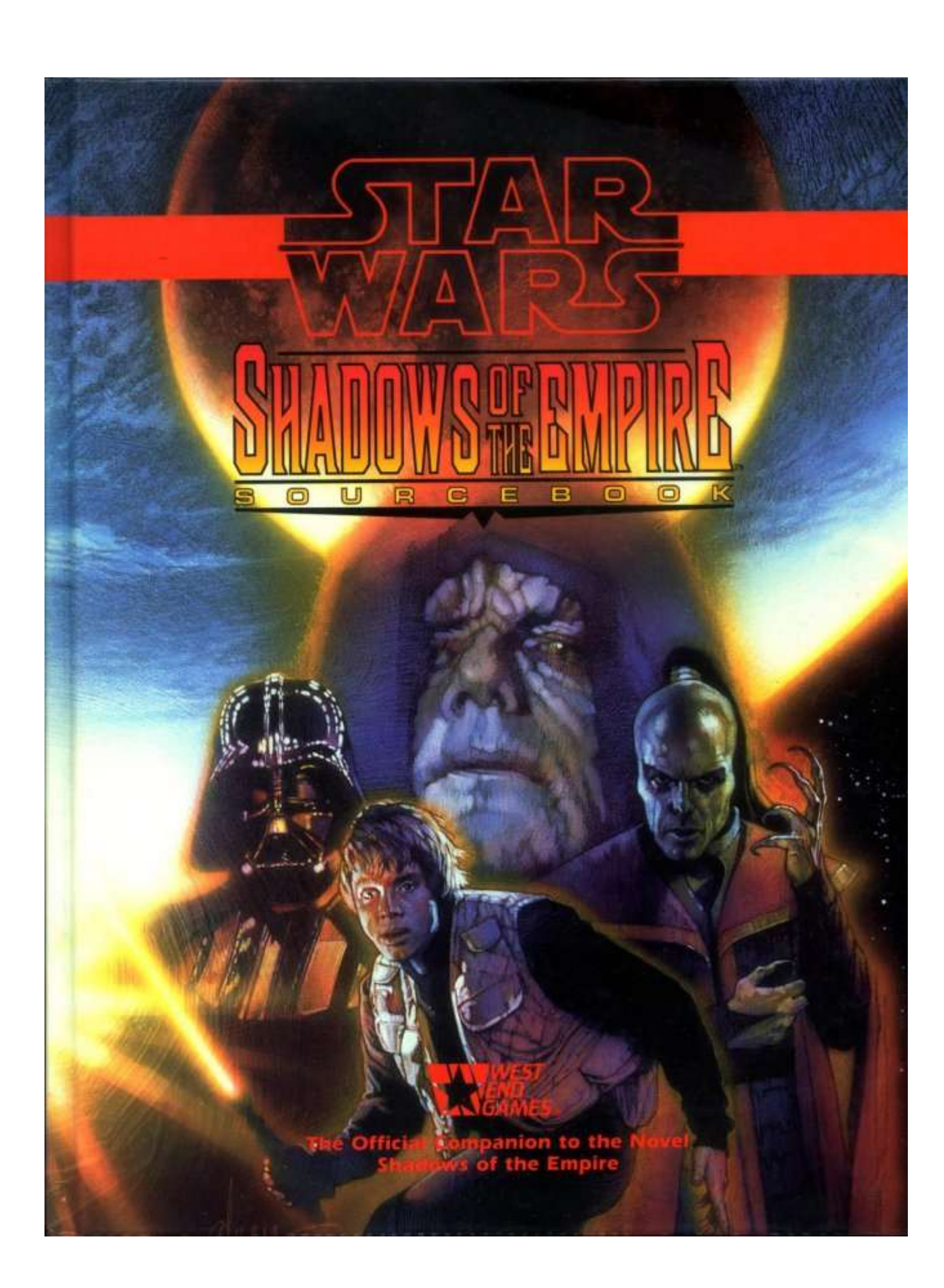

STAR WARS
SHADOWS OF THE EMPIRE
SOURCEBOOK
WEST END GAMES
The Official Companion to the Novel
Shadows of the Empire

Después de su derrota en Ciudad Nube, Luke Skywalker se encuentra como un peón en un juego mortal entre Darth Vader y el misterioso y peligroso líder de la organización criminal Sol Negro. Enfrentado a cazadores de recompensas y a sus propios peores temores, Luke debe conducir una audaz misión de rescate a Coruscant, el mundo del trono del Emperador Palpatine, donde se enfrentará a los enemigos que se esconden en las *Sombras del Imperio*…

Relatos incluidos

- Permiso concedido
- Los droides no vuelan
- ¡En marcha!
- Piso franco Besh
- Entrega
- Al servicio del Emperador
- Reasignación temporal
- Siguiendo la información
- El mal menor
- La única en su tipo
- Las galas del puesto
- El evidente chivo expiatorio
- La fusión comercial
- Un día más de trabajo
- El plan de apoyo
- Sociedad disuelta
- El pago de la recompensa
- Fuera de la ecuación
- Un viejo amor necesitado
- La fuga de Spero
- El almuerzo semanal
- Una comida muy especial
- Salida apresurada
- Escapada de caza
- Soporte para la gloria
- Réquiem para un rey
- La Guerra es como el Amor
- Estamos hechos de sufrimiento
- Mejor que nada
- Sin escapatoria
- Todos los extras



Sombras del Imperio

Relatos recopilados del Sourcebook

Peter Schweighofer



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: varios títulos…

Autor: Peter M. Schweighofer

Ilustraciones: Tim Bobko, Storn Cook, Ray Lederer, y Chris Trevas
Publicado originalmente como pequeñas secciones de ficción insertas entre las partes más específicas del manual del juego de rol Shadows of the Empire Sourcebook (WEG40122).

Publicación del original: 1996

3 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi, excepto por El mal menor y La única en su tipo traducidos por Pepinillo

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

19.09.15

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Permiso concedido

El almirante Ackbar y Mon Mothma se encontraban examinando el mapa estelar holográfico que flotaba sobre el escritorio en los aposentos de Ackbar cuando sonó el timbre de la escotilla de entrada. Mothma se incorporó y pulsó el panel de control de la puerta. La escotilla se deslizó a un lado, mostrando a uno de los guardias de servicio en el pasillo del crucero mon calamari.

—Canciller, la princesa Leia Organa está aquí para veros.

—Hazla pasar —urgió Mothma—. No la retengas con todos vuestros procedimientos de seguridad. —Se volvió hacia Ackbar—. Almirante, esta obsesiva atención a mi seguridad se está volviendo molesta.

—Le aseguro que estas precauciones son completamente necesarias para mantener la seguridad en la flota —replicó Ackbar.

La princesa Leia apareció en la escotilla.

—Entra, Leia —dijo Mothma—. Ackbar y yo estábamos hablando de los próximos movimientos de la flota.

—Con el fin de evadir las patrullas imperiales y ocultar nuestras propias fuerzas, estamos preparando varios saltos hiperespaciales hacia el Cúmulo de Minos —dijo Ackbar, señalando al sistema de mapas holográficos sobre su escritorio—. No entraremos en el Cúmulo, pero tenemos aliados cerca, y los sistemas adyacentes sólo tienen una presencia militar imperial mínima…

—En realidad, he venido a hablar de un asunto que no está relacionado con los planes de la flota —comenzó a decir Leia—. Como saben, el capitán Solo fue capturado por el Imperio en Ciudad Nube, y entregado a Boba Fett.

—Sí, hemos sido informados —dijo Ackbar—. Algo acerca de que el pobre hombre fue congelado en carbonita para llevárselo a ese vil gánster, Jabba el hutt. Un desarrollo de los acontecimientos de lo más lamentable. Esperaba que Solo nos ayudara a coordinar la llegada de esas nuevas naves corellianas cuando nos acerquemos a Voorlach…

La mirada de Leia dijo a Mon Mothma todo lo que la mujer necesitaba saber.

—Creo que este problema tiene menos que ver con la rebelión y más con la princesa —dijo Mothma.

—Sí. Me gustaría solicitar permiso para reclutar un pequeño grupo y perseguir a Boba Fett —dijo Leia finalmente—. Creo que con algunos de los contactos de Lando Calrissian, y la ayuda de Luke y Chewie, podríamos ser capaces de rescatar a Han.

—Ciertamente, el liderazgo del capitán Solo nos sería de utilidad en la flota —dijo Mothma—. Pero presiento que hay otras razones por las que deseas rescatarlo.

La mirada de Leia bajó al suelo.

Ackbar sonrió.

—Ya veo. Se concede el permiso para tu misión de rescate. Tal vez podamos hacer algunos arreglos para apoyar vuestros esfuerzos… conjuntamente a operaciones rebeldes ya existentes, por supuesto.

—¿Están seguros de que no se me necesita aquí? —preguntó Leia—. Sé que aún es necesario hacer tantas cosas…

—La teoría militar estándar dice que una fuerza dividida no puede ganar la batalla —apuntó Ackbar.

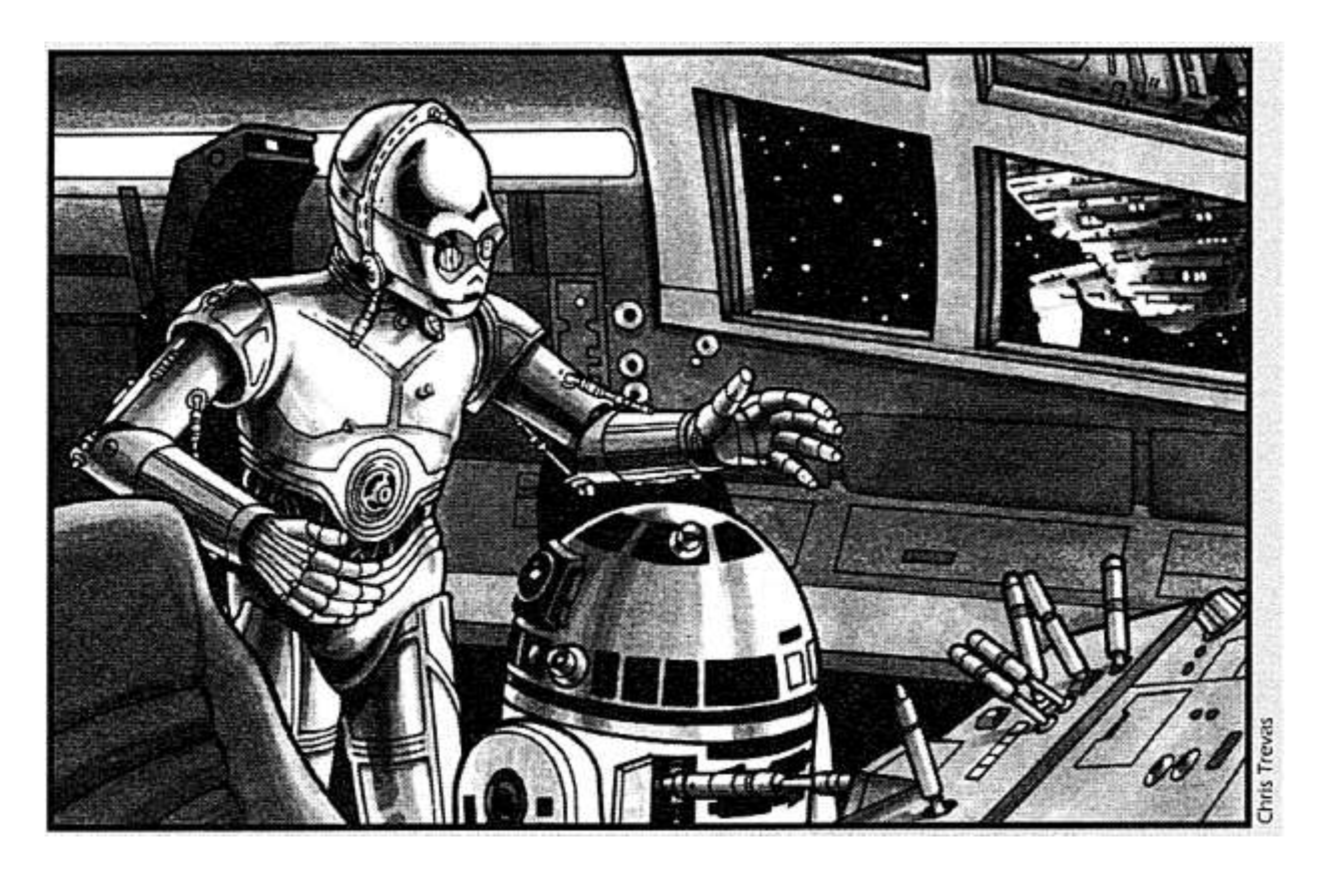
—Almirante, este no es momento de recitar sus dogmas de estrategia militar —le reprendió suavemente Mothma.

Ackbar se volvió hacia ella.

—A veces, la teoría militar puede ser una metáfora para los asuntos del corazón. Querida —dijo Ackbar, apoyando la mano sobre el hombro de Leia—, a veces debemos ganar la batalla en nuestro interior antes de luchar la batalla exterior.

—Tiene razón, Leia —convino Mothma—. Tómate el tiempo que necesites. Nosotros nos dedicaremos a reunir la flota. Cuando regreses con el capitán Solo, todos estaremos preparados para asestar un golpe al Imperio.

Los droides no vuelan



—¡No toques eso, Erredós! Puede que el capitán Solo esté congelado en carbonita, pero eso no te da permiso para trastear con su nave.

La unidad astromecánica con forma de barril soltó un pitido a su contraparte de relaciones cibernéticas/humanas, y luego avanzó hacia la cabina del *Halcón Milenario*.

—¿Adónde vas? —protestó Trespeó—. No tienes nada que hacer allí. Todo el mundo sabe que los droides no pilotan, tontaina. Vuelve aquí inmediatamente, arrogante montón de…

Los insultos de Trespeó quedaron ahogados bajo una grosera serie de silbidos y burlas de Erredós.

—¡Oh, cómo te atreves a decirme esas cosas! Tu insolencia es asombrosa, Erredós… ¡Espérame!

Trespeó avanzó a trompicones por el pasillo que conducía a la cabina del *Halcón*, donde encontró a Erredós conectado al ordenador de la nave estelar. A través del parabrisas de la cabina, pudo ver cómo pasaban las naves de la flota Rebelde; fragatas Nebulon-B, transportes medios de Astilleros Gallofree, y patrullas de cazas ala-X y ala-Y. Por mucho que lo intentara, estirando su rígido cuello de droide, Trespeó no podía ver gran cosa del casco de la fragata médica en la que estaban atracados.

Erredós pitó de nuevo, girando la cúpula de su cabeza para mirar a Trespeó.

—No me importa lo que hayas encontrado —dijo—. No tienes que andar tonteando con el *Halcón Milenario*. Vaya, si el amo Luke se enterase, se pondría hecho una furia. Y si el capitán Solo estuviera aquí, seguramente te dispararía y te dejaría tirado en mil pedazos. Sabes cómo se pone cuando otras personas trastean con su nave estelar. Vaya, en Bespin no paró de expresar su preocupación acerca de…

Erredós dejó de mirar a Trespeó y pitó una respuesta.

—¿Qué quieres decir con que *tú* podrías pilotar el *Halcón* tan bien como el capitán Solo? No eres más que un droide astromecánico. Ni siquiera puedes manejar el ala-X del amo Luke sin atropellar a algún pobre peatón desprevenido. ¿Qué delirios de grandeza está soñando ese procesador oxidado que tienes por cerebro?

La serie de silbidos y gemidos electrónicos que emitió Erredós no parecía responder la pregunta de Trespeó. Entonces el pequeño droide desconectó su toma de entrada y salida del ordenador del *Halcón*, se movió hacia un lado y chocó contra Trespeó, haciendo que el droide de protocolo cayera sentado sobre el sillón de mando del copiloto. Erredós emitió una serie de pitidos similar a una risa.

—¿Qué quieres decir con que ahora soy tu copiloto? —exclamó Trespeó—. No sé más que tú acerca de pilotar esta nave estelar. Ya sabes cuánto aborrezco los viajes espaciales.

Desde la escotilla de atraque del *Halcón* sonó un inquisitivo gruñido wookiee.

—Apártate de ahí, Erredós —susurró Trespeó mientras se levantaba rápidamente del asiento del copiloto—. No tenemos nada que hacer aquí. Y además, haría falta mucho más que dos droides para pilotar competentemente esta nave. Contigo al mando, seguro que acabaríamos chocando contra algún crucero estelar, o aún peor, atravesando algún edificio de un puerto estelar.

Chewbacca asomó su cabeza en la cabina y gruñó a los droides.

—Oh, Chewbacca, no, sólo estábamos completando un chequeo de mantenimiento para estar seguros de que el *Halcón* está en perfecto funcionamiento —mintió Trespeó. Caminó torpemente pasando junto al wookiee de elevada estatura—. Vamos, Erredós. Será mejor que vayamos a ver cómo le va al amo Luke. No tenía demasiado buen aspecto después de nuestras últimas aventuras en Ciudad Nube. Ciertamente espero que su actual condición no sea el resultado de tus temerarias acciones al abandonarlo…

¡En marcha!

Wedge aguardaba pensativo, manteniendo su caza ala-X flotando en la sombra sensora de una inmensa barcaza de carga controlada por droides. Él y el resto de Pícaros estaban dispersos entre las barcazas en los límites más exteriores del sistema Coruscant. Desde allí, el sol del planeta era poco más que otra tenue estrella, pero para Wedge parecía estar peligrosamente cerca.

La cápsula mensajera droide le había dicho que llevara a los Pícaros y aguardara a la «señal» de Dash. Wedge no confiaba del todo en el contrabandista, pero sabía que Luke, Leia, Lando y Chewie estaban en algún lugar de Coruscant, y podrían necesitar su ayuda en cualquier momento.

Wedge echó un vistazo al caza debajo de la barcaza contigua y vio a Janson dormitando en su cabina.

—Eh, Wes, es la hora del espectáculo.

Vio cómo la cabeza de Janson se agitaba en la cabina antes de que la respuesta llegara por el comunicador.

—Estoy bien, Jefe. Y no te preocupes: he comprobado a conciencia *esta* unidad R2.

Wes sonaba mortalmente cansado. Habían sido unos cuantos días duros. Primero el sabotaje de su unidad R2, que casi había matado a Luke y evitó que Wes sellara su traje de vuelo y se eyectara de su ala-X sobre Gall. Luego la larga y concienzuda serie de saltos hiperespaciales después de abandonar la base construida apresuradamente en Kile. Tan pronto como llegaron a la flota rebelde, llegó la cápsula mensajera droide pidiendo su ayuda en Coruscant. Después de un rápido mantenimiento en los alas-X, los Pícaros despegaron para otro largo vuelo… justo al tenebroso corazón del Imperio.

Desde allí, los sensores del ala-X de Wedge ni siquiera podían ver una fracción del camino a Coruscant, pero Dash había prometido que mandaría una señal…

La luz del comunicador del ala-X de Wedge comenzó a parpadear; la unidad se sintonizó a la frecuencia de la transmisión entrante. El mensaje de Leebo, el droide de Dash, eran dos palabras: «Recordad Hoth». Ahora, no importaba que estuvieran cansados. Lo único que importaba era tener la vista afilada, la mente alerta y disparar en el blanco.

—¡Despertad, Pícaros! —exclamó—. ¡En marcha!

Piso franco Besh

Koth Melan aguardaba en la esquina oscura, con un guardaespaldas bothano fuertemente armado a cada lado. Uno de ellos presionó el pequeño receptor alojado en su oreja, y susurró:

—Afirmativo, SecOps Cinco. —Se volvió hacia Koth—. El otro lado de la esquina está despejado.

Siguiendo al guardia principal, Koth dobló la esquina, desenfundando su pequeño bláster de mano. Los guardaespaldas ya tenían sus armas listas. Incluso a tan poca distancia del piso franco Besh, podía haber problemas.

El guardaespaldas que iba en cabeza alzó la mano para detener al grupo. Koth advirtió que el pelaje del guardia se erizaba bruscamente: «precaución». Se volvió hacia Koth.

—SecOps Siete ha encontrado algo en la compuerta —susurró—. SecOps Cuatro, acude en su ayuda, posible situación de explosivos.

Koth se quedó helado. Si había una granada o incluso un bloque de detonita, se limitaría a hacer volar la compuerta y mataría a SecOps Cuatro y Siete. Pero si era algo mayor —como un detonador termal conectado al mecanismo del código de cierre de seguridad de la compuerta— se llevaría a todos por delante.

El pelaje del guardaespaldas de Koth se relajó al recibir otro mensaje de SecOps Siete susurrado a través del comunicador. Dio la señal de todo despejado, y continuaron por el callejón, doblaron dos esquinas más, y se encontraron con uno de los operativos junto a la compuerta. SecOps Cuatro ya había entrado por ella y estaba registrando el interior del piso franco Besh. SecOps Siete le pasó a Koth un panfleto de flexiplast.

—No pasa nada —dijo—. Ya lo hemos examinado en busca de venenos de contacto, dispositivos electrónicos y bordes afilados.

Koth leyó las letras impresas en la hoja, que casi brillaban con luz propia. «Repulsores de Ocasión de Khzam el Loco: Los robamos y los vendemos». Dejó caer el folleto, con el pelaje erizado de irritación, y miró a SecOps Siete.

—Buen trabajo —dijo Koth—. Nunca se es demasiado cuidadoso. Y que alguien limpie la basura.

SecOps Cuatro dio la señal de «todo despejado» desde el interior.

—Procedamos —ordenó Koth.

SecOps Siete entró en el piso franco, y luego hizo una seña a Koth para que le siguiera. Dos guardaespaldas permanecieron en el exterior mientras la compuerta se cerraba tras él.

—¿Puedo servirle algo, señor? —preguntó SecOps Siete.

—Sí, hay algo de tovash gruviano en el armario de allí —respondió Koth. SecOps Cuatro ya estaba preparando el fuego en la chimenea. Koth guardó su bláster de mano en su funda oculta y se acomodó en el diván junto al fuego—. Por fin en casa.

Entrega

SecOps Cuatro ya había fracasado en una misión; esta vez no iba a vacilar. Las órdenes de su misión habían sido claras y concisas: *tenía* que entregar a la Alianza Rebelde el maletín que llevaba en sus temblorosas manos. El bothano avanzó cojeando por un callejón trasero cubierto de basura en el sector industrial de Kothlis. Miró por encima de su hombro para ver si los cazarrecompensas le seguían. No, nada. No había nadie en los alrededores. Bien. SecOps Cuatro se desplomó contra el muro del callejón para descansar un instante.

Todo había ocurrido muy rápido. La pared del piso franco estalló y los cazarrecompensas entraron como un enjambre, disparando sus blásteres contra todo lo que se moviera. El Jedi, Skywalker, parecía estar haciendo bien las cosas, desviando disparos de bláster con su sable de luz. En medio del caos, SecOps Cuatro había fracasado en su misión más importante: Koth Melan había caído. En sus últimos momentos, Melan le miró. Su expresión no era de decepción, sino de esperanza. SecOps Cuatro agarró el maletín —que contenía datos imperiales robados— y salió huyendo por el pasillo de escape.

Mientras se lanzaba por el pasillo trasero, SecOps cuatro resultó herido. Tenía una herida de bláster chamuscada y llena de ampollas en su pierna izquierda. Usó un fragmento de tubería de plástico como bastón mientras se dirigía hacia la nave de la red de espías, oculta en una bahía de atraque camuflada. La nave estaba a varias manzanas de distancia, cruzando tortuosos callejones entre fábricas, almacenes y centros de distribución automatizados. Sin embargo, SecOps Cuatro tenía que seguir adelante: fuera cual fuese el contenido del maletín, era lo bastante valioso como para que los cazarrecompensas le persiguieran, y lo bastante importante para que Melan diera su vida por ello. Sin duda el Imperio pronto se uniría a la persecución.

SecOps Cuatro se levantó, rengueó por el pasadizo que tenía delante… y se encontró rodeado de bothanos. Eran nativos de las ciudades costeras del este de Bothawui, de anchas narices, y sus blásteres apuntaban hacia él.

—Te hemos estado observando —dijo el líder—. Has adquirido algo para la Alianza Rebelde. Nosotros nos ocuparemos de ello a partir de este momento.

SecOps Cuatro comenzó a protestar, pero el otro le interrumpió.

—No temas. Podríamos decir que todos estamos del mismo lado. Esta información llegará a la Alianza Rebelde, te lo aseguro. Toda esta operación ha sido planeada hasta el último detalle.

—Entonces llevadme con vosotros —dijo SecOps Cuatro—. Puedo resultar útil a la rebelión.

—No lo creo —dijo el líder de los bothanos, Vord'lya, meneando la cabeza. Alguien arrebató a SecOps Cuatro su arma y el maletín, clavándole un bláster en la espalda para asegurar su cooperación…

Vord'lya echó un vistazo al maletín y luego lo pasó a uno de los otros.

—Ábrelo. Asegúrate de que está todo. Conociendo a Melan, habrá mandado a varios señuelos por si acaso.

El subordinado abrió el maletín, inspeccionó el contenido, y luego asintió.

—Si vais a llevar eso a la Alianza Rebelde, ¿por qué no me lleváis con vosotros? —suplicó SecOps Cuatro.

—No eres parte de mis órdenes —dijo Vord'lya—. No sólo se trata de si la Alianza recibe o no esta información, ¿sabes? Se trata de quien se lleva el mérito por entregársela. No podemos dejar que la facción de Melan se lleve el mérito, ¿verdad?

SecOps Cuatro jadeó, asombrado, pero el otro bothano se limitó a soltar una carcajada.

—A mi superior sólo le preocupa el contenido de este maletín. No le importa cómo lo adquiera, y no hará preguntas. Mientras sea su facción la que ponga el maletín en manos de los rebeldes, estará contento.

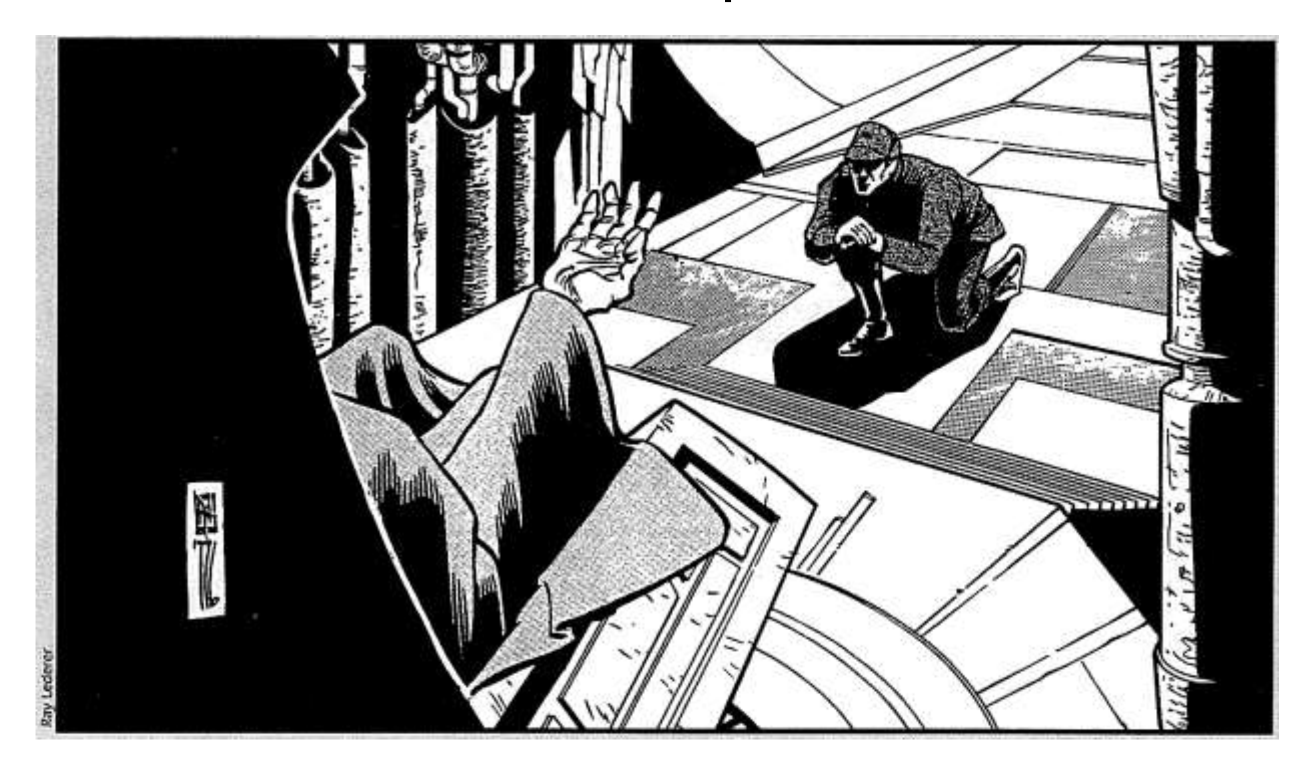
Alguien empujó a SecOps Cuatro bruscamente hacia delante. Un instante después se escuchó el sonido de un disparo de bláster y el bothano herido cayó en un pozo infinito de oscuridad. Mientras la consciencia se le escapaba, SecOps Cuatro pudo escuchar débilmente las palabras de su oponente:

—Vamos, amigos. Nuestra nave nos espera y debemos apresurarnos si queremos atravesar el bloqueo imperial. —El agente bothano hizo una pausa, mirando con desdén la silueta inmóvil de SecOps Cuatro—. Sin duda Fey'lya quedará muy complacido.

Más tarde, SecOps Cuatro se estremeció… dolorido pero por lo demás vivo. El bláster de Vord'lya había estado configurado para aturdir, lo que tenía cierto sentido. Un buen agente sólo mata cuando es absolutamente necesario, ya que atrae atención indeseada. Para entonces, los bothanos que le abordaron ya habrían llegado a una nave rápida, esquivado los obstáculos imperiales, y sin duda interceptado una nave rebelde. Los planes ya estarían en manos de la Alianza Rebelde.

Tal vez había algo de honor entre los agentes rivales, pensó SecOps Cuatro. Tal vez llegaría un momento en el que la verdad saldría finalmente a la luz.

Al servicio del Emperador



El moff Jerjerrod se arrodilló ante el Emperador en su vasto salón del trono. Inclinó la cabeza y deseó poder salir del Palacio Imperial con vida.

—Levántate, amigo mío. Tengo un desafío especial para ti —dijo el Emperador—. Quiero que abandones tu campaña contra los rebeldes y que dejes tu puesto en Logística y Suministros.

Jerjerrod se removió intranquilo. No se atrevía a pronunciar en voz alta sus preocupaciones; se le necesitaba en ese ministerio para asegurarse de que los recursos imperiales no se vieran desbordados.

—No te preocupes por el estado logístico del Imperio —dijo Palpatine, como si hubiera leído la mente del moff—. Tengo una tarea mucho más importante para ti, mucho más adecuada a tus talentos.

El Emperador le contó a Jerjerrod lo que debía hacer.

***

Después de que Jerjerrod abandonara el salón del trono del Emperador, pasando por la antesala con los guardias reales, tuvo que atravesar la Sala de Espera de Solicitantes. Allí estaban, todos en fila… todos y cada uno esperando para ver al Emperador. El consejero Golthan estaba a la cabeza de la fila, con Alec Pradeux y Kren Blista-Vanee tras él. Varios grandes moffs, almirantes y otros dignatarios esperaban tras ellos.

—¿Qué quería de ti el Emperador? —preguntó Pradeux.

—Sin duda, no gran cosa —dijo Golthan con una mueca de desdén—. Sólo eres un moff, Jerjerrod; no es posible que te haya asignado ninguna tarea significativa.

Jerjerrod hizo una mueca de fastidio.

—He sido nombrado director de Sistemas de Energía Imperiales. No es especialmente excitante, debo admitir, pero sigo orgulloso de llevar a cabo la voluntad del Emperador.

Pradeux parecía desconcertado.

—¿Por qué no se me ha informado de este nuevo subdepartamento?

—Parece que estás a punto de ser informado —dijo Blista-Vanee, señalando con la cabeza los guardias reales que estaban convocando a Pradeux a la antesala—. Estoy seguro de que hay una explicación razonable para este nombramiento. —Miró con superioridad al moff Jerjerrod—. Eres un supervisor competente, pero sin duda no del tipo al que el Emperador confía tareas vitales.

El moff inclinó la cabeza humildemente.

—El Emperador me ha confiado el desarrollo de una línea de plantas de energía portátiles de gran tamaño para su uso en tareas de ayuda ante desastres naturales.

—Qué singular —dijo Golthan con un nuevo gesto de desdén—. Casi parece que te hayan degradado, Jerjerrod. ¿No eras antes el administrador a cargo de Logística y Suministros?

Sí, pensó Jerjerrod. *Y ahora estoy a cargo del proyecto que traerá finalmente la destrucción de la Alianza Rebelde*.

Reasignación temporal

El almirante Piett se encontraba ante Darth Vader en los aposentos del Señor Oscuro a bordo del Super Destructor Estelar *Ejecutor*. Tenía la intranquila sensación de que su conversación sería muy breve —y probablemente fatal— dado su fracaso al capturar el *Halcón Milenario* en Bespin.

Había estado junto al almirante Ozzel cuando el Señor Oscuro dejó clara su ira por el error de ese oficial en Hoth. Más tarde, había visto cómo los guardias arrastraban el cuerpo sin vida del capitán Needa después de sus fallidas «disculpas». En aquellos a su servicio, Vader no toleraba nada salvo el desempeño ejemplar, y Piett le había fallado.

—Almirante Piett —dijo Vader, con su atronadora voz resonando por toda la sala—. He sido llamado a Coruscant para presentar mi informe ante el Emperador. El *Ejecutor* me acompañará bajo el mando del capitán Kallic.

Piett sintió un nudo en la garganta… ¿Era obra del Señor Oscuro, o su propia aprensión?

Vader continuó.

—Permanecerá al mando de la flota imperial para continuar la búsqueda de los rebeldes. Usted permanecerá a bordo del Destructor Estelar *Acusador* a modo de buque insignia.

—Sí, mi señor —dijo Piett, reprimiendo un suspiro de alivio.

—Será reasignado al *Ejecutor* en cuanto regrese de mis tareas en la Corte Imperial. —Vader miró fijamente al almirante—. Le estoy confiando la flota, almirante Piett. No se permita cometer ningún fallo… Si algo llega a mi conocimiento, tenga por seguro que un nuevo almirante será puesto al mando de esta flota.

Piett lo entendió perfectamente.

—Sí, Lord Vader.

No soltó su suspiro de alivio hasta que estuvo bien lejos de los aposentos del Señor Oscuro.

Siguiendo la información

Lando Calrissian seguía ansiosamente a Lord Darth Vader mientras este se marchaba de la torre de celdas de detención de Ciudad Nube.

—Lord Vader, ¿qué hay de Leia y el wookiee?

Vader se detuvo junto al turboascensor y se dio la vuelta.

—Jamás abandonarán esta ciudad.

Lando dio un paso adelante.

—¡No acordamos eso, y tampoco que entregaría a Han a ese cazador de recompensas!

—¿Quizá piensa usted que se le ha engañado?

Lando retrocedió.

—No.

—Bien —masculló Vader—. Sería una lástima que tuviera que dejar una guarnición aquí.

***

El teniente Djirra estaba confuso. Como oficial de logística de Lord Vader, había sido el responsable de preparar una de las cámaras de congelación de carbono de Ciudad Nube para poner un sujeto humano en hibernación. Ahora existía la posibilidad de que hubiera que dejar allí una guarnición.

Cierto, podría tratarse del cotilleo despreocupado de unos soldados de asalto con demasiado tiempo libre en sus manos. Pero la historia *parecía* tener sentido… era ciertamente la clase de amenaza que Vader haría. Si resultaba ser más que una amenaza, Djirra sería la persona encargada de llevarlo a cabo, y Vader querría que se ejecutara de inmediato.

Djirra ya había decidido que el capitán Treece sería el oficial al mando ideal. Era un veterano de varias ocupaciones y era lo bastante estricto para mantener la inquietud al mínimo.

Ante todo, había que encontrar a Augurio. Era un agente diplomático encubierto del Imperio que había ayudado a preparar el expediente de entrada de los imperiales en Ciudad Nube. Su ayuda en la subyugación del gobierno local sería inestimable si el Imperio iba a dejar una presencia permanente allí…

***

El general Sendo se arrodilló ante Xizor en la cámara de audiencias del príncipe.

—Levántate, mi siervo —dijo Xizor—. ¿Qué noticias vitales me has traído?

—Mi príncipe —comenzó a decir Sendo—, hemos recibido varios comunicados a través de diversos canales que confirman que Darth Vader ha dejado tras de sí una guarnición en la colonia minera de Ciudad Nube, en Bespin.

Xizor asintió y archivó la información en su mente. Resultaría de utilidad en caso de que el Sol Negro planeara alguna operación en la pequeña instalación.

—Hay más, su majestad —continuó Sendo—. Aparentemente Lord Vader ha fracasado en su misión de capturar al rebelde conocido como Skywalker. El Emperador le ha llamado para que regrese a Coruscant.

—Gracias, general —dijo Xizor con voz sedosa—. Ha sido de lo más útil.

Sendo hizo una reverencia, dio media vuelta, y abandonó la cámara de audiencias bajo la atenta mirada de Guri.

De modo que Vader regresa de nuevo, pensó Xizor. *Y ha fracasado en llevar a su hijo al regazo imperial*. Nada de eso era nuevo para él. Cinco de sus informadores habituales acerca de los asuntos de Lord Vader ya le habían transmitido hallazgos similares. Por supuesto, oír hablar del fracaso de Vader era tan dulce que merecía la pena escucharlo una, y otra, y otra vez…

El mal menor

Lord Darth Vader hizo su aparición en el puente del *Devastador*, observó por los ventanales al planeta Falleen. Se detuvo un momento, mirando la superficie, donde, en esos momentos, una plaga invisible se extendía rápidamente.

—Lord Vader. —El Capitán Bolvan le habló de cerca y con cautela al Señor Oscuro de los Sith—. Tenemos proyecciones basadas en información rescatada de los laboratorios… —Comenzó a presionar unos números en su datapad, entonces le pasó el dispositivo a Vader.

Los informes estimaban que la bacteria necrotizante se esparciría por la población como incendio forestal. Sólo habían pasado unas pocas horas desde el incidente, pero las proyecciones mostraban que, si no se hacia algo pronto, la plaga se extendería a todos los continentes de Falleen. Vader devolvió el datapad al Capitán Bolvan.

—Señor, —propuso el Capitán—. Si solicitamos artillería del Proyecto X271 en los Territorios del Borde Exterior, podríamos incinerar la bacteria desde órbita…

—Y aniquilar a todo ser viviente del planeta, —le interrumpió Vader—. No. El Emperador todavía puede tener alguna utilidad para los Falleen.

—Lord Vader, no hay cura… —objetó Bolvan.

—Capitán, —gruñó Vader—. Usted debe aprender cuándo es apropiado ofrecer un consejo. Ahora no es el momento.

Un teniente marcho hasta Vader y el Capitán Bolvan, saludó y se puso en una rígida posición de firmes.

—¿Ha solicitado mi presencia, Lord Vader?

—Sí, Teniente Hija, prepárese para un bombardeo orbital a Falleen, centrado en el centro de investigación, hasta unos 40 kilómetros de diámetro.

—Sí, mi lord. —Hija giró sobre sus talones y se alejó para llevar a cabo sus deberes.

Vader pasó del Capitán Bolvan a mirar por los ventanales otra vez. En unos momentos, la tierra directamente debajo estaría ardiendo con fuego de turboláser. Miles morirían, pero miles de millones se salvarían del efecto de la bacteria. El proyecto de armas biológicas de Falleen no había ido bien… y al final, todo esto, era tan solo un pequeño precio que había que pagar por el fracaso.

La única en su tipo



Guri entró en el taller de Simonelle. En varias mesas de trabajo yacían droides réplica humanos en diversos estados de terminación, pero aun no estaban cubiertos con la cuidadosamente perfecta piel. Enormes computadoras que cubrían las paredes programaban los procesadores del Verbo-cerebro de los droides sin terminar. Guri miró a su alrededor en el caos electrónico, recogiendo los componentes de droides de un banco de trabajo y examinándolos como lo haría un niño con un rompecabezas.

Simonelle levantó la vista de su mesa de trabajo de un rincón.

—Guri, has regresado, —dijo, rascándose la mata de tentáculos de barba que crecía de su mentón y levantándose las gafas de micro-aumento de sus ojos—. ¿Has disgustado a tu maestro?

Guri se le acercó, con un helado brillo en sus ojos.

—No, Simonelle, he satisfecho mucho al Príncipe Xizor. Él espera que a sus nueve millones de créditos les hayan dado un buen uso.

—Sí, sí, —ronroneó Simonelle, dejando las gafas de micro-aumento en la mesa de trabajo—. Como puedes ver, he comenzado la construcción de otros como tú, Guri. Los droides que construí antes de ti eran tan primitivos. Aprendí mucho cuando te construí. Eres única.

—Y voy a seguir siendo única, —dijo Guri. Con una velocidad relámpago golpeó la cabeza del ingeniero con la mano abierta. Aturdido, el Ingoiano tropezó hacia atrás en una consola de ordenador. Guri agarró su cuello con ambas manos y lo empezó a apretar. La sangre brotaba de los ojos, nariz y boca de Simonelle. En cuestión de segundos todo había acabado.

Satisfecha de haber llevado a cabo las órdenes de Xizor, Guri dejó caer el cuerpo al suelo.

—Mi príncipe no tiene la intención de que disminuya el valor de su adquisición única, —dijo—. Seguiré siendo la única en mi tipo. Crear a otros con mis habilidades comprometería mi utilidad hacia mi amo. Eso no puede ser permitido.

Guri se volvió y caminó directamente hacia la holocámara de seguridad en la esquina del taller. Quitó suavemente la tarjeta de datos del registro de la matanza y apagó la unidad.

En una habitación distante, Simonelle miraba la video-pantalla que mostraba a al despedazado droide réplica Ingoiano tumbado a los pies de Guri. La pantalla quedó en negro. Por lo menos ella no vaporizó el laboratorio, pensó, acariciándose distraídamente el cuello. No es una forma muy cariñosa para una «hija» de tratar a su «padre», pero no tenía más elección viniendo de un amo como Xizor.

Si tan sólo el príncipe supiera que sus nueve millones de créditos también se habían gastado en otro droides réplica, esta vez un Ingoiano…

Simonelle se levantó de su silla, ya estaba planeando a dónde iría a la clandestinidad y durante cuánto tiempo. *Después de todo, no tenía sentido fingir su propia muerte, sólo para volver a la vida poco después*…

Las galas del puesto



Xizor había convocado a sus vigos y —como cualquier buen lacayo— Lonay había recorrido en tiempo record la larga distancia desde su fortaleza en los Territorios del Borde Exterior, deslizándose inadvertidamente en Coruscant. La orden constante de Xizor de evitar ser detectados cuando viajaran al Centro Imperial era bien conocida, y la pena por desobedecer ese edicto era bastante… *severa*. Lonay no tenía ningún deseo de enfrentarse al castigo a manos de Guri, la implacable compañera del príncipe Xizor, y —como siempre— fue escrupulosamente cuidadoso al aterrizar en Coruscant.

Lonay y su escaso séquito se acomodaron en los apartamentos palaciegos que Xizor le había habilitado cuando el twi'lek se convirtió en vigo, a la espera de la inevitable citación de Xizor.

No fue una larga espera. Howzmin pronto acudió para decir a Lonay que Xizor se reuniría con sus sub-lugartenientes. Lonay se retiró a solas en sus cámaras privadas, para prepararse.

Después de vestirse con su mejor túnica y el mejor de sus fajines, Lonay abrió el cofre. La tapa se alzó para revelar un espejo en su interior; la caja estaba repleta de las mejores riquezas que Lonay pudo encontrar, cada una de ellas un recuerdo de su estatus como vigo del Sol Negro.

Primero tomó el pectoral, lo dejó caer sobre su pecho y sus hombros, y lo sujetó detrás del cuello. La pieza estaba realizada con miles de gemas, cada una de ellas atravesada por la mejor seda saava y engarzada formando patrones decorativos con discos de metales preciosos. Era una prenda digna de mil reyes; un símbolo de alto rango que Xizor le había otorgado.

Uno a uno se adornó varios dedos con opulentos anillos, cada uno con una piedra diferente.

—Anillos así podrían decorar las manos de muchos prósperos mercaderes —dijo Lonay en voz baja para sí mismo—. Debo recordar que yo, también, soy una especie de empresario.

Lonay sujetó entonces a su fajín la vaina que contenía su daga enjoyada. Se la quitarían en la antecámara anterior a la sala de audiencias de Xizor, pero era un símbolo de su poder sobre la vida y la muerte de sus subordinados… y sus víctimas.

Retirando varios broches e insignias de sus protecciones, Lonay los examinó uno a uno, y luego los abrochó en su túnica. Cada uno conmemoraba un evento o una alianza que había realizado. El broche wrooniano era un regalo de Mako Spince, como pago por haber protegido a Spince de los bandidos Na-Qoit, y proporcionarle un empleo como controlador de tráfico (e informante del Sol Negro) en Nar Shaddaa. La insignia de la piedra Corusca le fue otorgada cuando salvó a los miembros del entonces incipiente Consejo Esclavista Mytaranor de la destrucción a manos de la flota de sector del moff Julstan. Y el antiguo broche twi’lek, diseñado para contener una pizca de ryll, era un regalo de un pariente lejano, Tru’eb, un twi’lek desterrado al igual que él mismo, y experimentado contrabandista de armas.

Luego iban los pequeños frascos de pintura corporal azul y marrón. Observándose en el espejo del cofre, Lonay untó su dedo en los frascos y adornó cuidadosamente sus colas craneales con los antiguos caracteres del lenguaje de su pueblo. Cuando hubo terminado, se limpió el dedo con un paño cercano y leyó en voz alta los pictogramas artísticamente trazados:

—Soy Lonay, hijo de Mogra’daal, tan sólo un vagabundo sin clan en un mar de estrellas.

El último objeto que Lonay sacó de la caja era un brazalete dorado, provisto de una bisagra para poder ser colocado o quitado con facilidad. Lonay lo cerró con un chasquido en torno a su muñeca. Lo miró fijamente por un instante, y luego dejó que la manga de su túnica cayera sobre él, ocultando el costoso grillete. Muchos de su pueblo llevaban distintos brazaletes —las ligaduras de la esclavitud— como una parte aceptada de la vida twi’lek. El suyo no era distinto.

—El amo de uno es el esclavo de otro —decía Lonay a menudo—. Ese es el orden del universo.

Lonay estaba listo para unirse al resto de vigos e inclinarse ante el señor del Sol Negro.

El evidente chivo expiatorio

Los nueve vigos del Sol Negro aguardaban pensativos en la antecámara, fuera de la sala de reuniones privada de su señor. Howzmin, el sirviente de Xizor, había supervisado su registro y el hombre calvo, junto con varios bruscos guardias de palacio, les había retirado las armas, incluyendo el habitual arsenal de cuchillos ocultos y blásteres de mano escondidos.

Mientras esperaban ansiosamente la citación de su señor, cada uno de los vigos se dedicó a mirar a los demás, preguntándose quién no iba a abandonar con vida las cámaras de reuniones. Xizor no era ningún estúpido; no les llamaría a todos ellos simplemente para escuchar sus informes. No, lo que Xizor quería era una demostración, una en la que sacara a la luz un traidor y mostrara a los demás cuáles serían sus destinos si trataban de engañar al Señor Oculto del Sol Negro.

Green echó un vistazo a sus colegas. Estaba seguro de que todos ellos eran culpables de algo; espiar a Xizor, esquilmar demasiados beneficios, permitir que sus operaciones se volvieran desorganizadas y poco productivas. ¿Pero habían sido descubiertos sus propios planes contra el príncipe falleen? Green se revolvió el cabello y miró por encima de su hombro, como si temiera que Xizor hubiera instalado en la pared alguna clase de dispositivo de seguridad capaz de leer sus pensamientos.

Wumdi el etti estaba encantador como siempre. Sabía que se cocía algo, pero no debía concernirle a él; si así fuera, ya se habría enterado. Wumdi estaba de pie junto a uno de los espejos de marcos profusamente decorados de la antesala, recorriéndose el pelo con los dedos para asegurarse de que estuviera en su sitio, estirándose la austera túnica corporativa que había adquirido para esta audiencia con Xizor, y tratando de parecer tan despreocupado como fuera posible.

Vekker el quarren estaba bastante seguro de que no había hecho nada incorrecto. El cambio acarreaba dificultades, y ciertamente Vekker no era un agente del cambio. Los demás eran más ambiciosos, más sedientos de poder, y desde luego más taimados. Sin embargo, Vekker se preguntaba quién podría haber despertado la ira de Xizor hasta el punto de hacerle convocar a todos sus vigos en Coruscant.

Sprax tenía muchas cosas en la mente —incluyendo varias operaciones de transporte que quería supervisar personalmente—, pero la citación de Xizor tenía prioridad sobre todo lo demás. Tenía para ofrecerle un informe positivo, pero Sprax sabía que había otra cosa en el aire. Uno de ellos tenía una traición en mente. Quién, no lo sabía, y tampoco deseaba especular.

Durga el hutt se secó un poco de sudor de su ancha y arrugada frente. ¿Acaso Xizor había tenido noticias de que los agentes del hutt se habían acercado en secreto a los sub-lugartenientes de los demás vigos, tratando de unirlos contra el líder falleen del Sol Negro? Durga había atravesado grandes penurias para asegurarse de que las ofertas de un poder mayor que había hecho a los demás hubieran estado envueltas en secretismo. Miró a su alrededor, a los demás, muchos de los cuales parecían bastante confiados, si no

despreocupados por completo. El único consuelo de Durga era que los miembros de su clan hutt le vengarían en caso de ser asesinado.

Kreet'ah esperaba pacientemente. Para el kian'thar, era un buen negocio eliminar aquellos competidores o aliados que entorpecieran las operaciones propias. Si él era el elegido para ser despachado hoy, habría que aceptarlo. Sin embargo, sabía que Xizor valoraba la buena gestión, y el vigo kian'thar ciertamente le había ofrecido eso. No, Xizor tenía en mente alguien que había cometido una ofensa mucho mayor… algo que *no* era buen negocio.

Perit estaba casi seguro de que esta reunión no le concernía directamente. Sus espías electrónicos en las organizaciones de los demás vigos y en el palacio del propio Xizor le habían ayudado a estar seguro de eso. Pero, ¿y si Xizor había descubierto esos espías, y los demás métodos de vigilancia que el mon calamari usaba para mantener un ojo sobre su señor? Sabía que Xizor espiaba a sus servidores, ¿pero se tomaría pacíficamente que ellos le hicieran lo mismo? Perit no lo sabía, y los tentáculos de su barbilla se estremecieron ante la idea de enfrentarse a la ira de Xizor.

Lonay no sonreía, no fanfarroneaba. Sabía que no estaba en peligro. Cierto, el negocio de los esclavos en su zona estaba cayendo significantemente, pero sin duda eso se resolvería con el tiempo. El Señor Oculto del Sol Negro podría tolerar eso… pero Lonay sabía que no podía tolerar la traición. Y el vigo twi'lek dedicaba sus servicios al príncipe Xizor, por lo que no había nada que temer.

Ciezo miró a su alrededor, sin molestarse en fijarse en Green. Sabía que el humano era el traidor, pero no diría ni una palabra. Hacerlo ahora sería admitir que lo sabía y no se lo había dicho a Xizor, un crimen tan serio como la traición de Green. No, esperaría y observaría cómo se desarrollaba la tragedia.

Las altas puertas que conducían a la sala de reuniones privada de Xizor se abrieron y su lugarteniente, la adorable Guri, salió por ellas.

—El príncipe Xizor les verá ahora —dijo con una mirada ligeramente amenazante—. A todos ustedes.

La fusión comercial

Howzmin condujo a Sprax a la oficina de Xizor en cuanto el vigo llegó. Las citaciones del Señor Oculto del Sol Negro habían sido repentinas, pero el nalroni sabía que no le convenía retrasar su partida, aunque eso supusiera abandonar por un tiempo sus propias ocupaciones. Xizor no toleraba los retrasos.

Sprax se postró sobre una rodilla ante Xizor, quien estaba sentado en su trono con los ojos cerrados, meditando.

Los ojos del falleen se abrieron lentamente y miró a la figura arrodillada.

—Levántate, vigo Sprax —dijo con su clara y hermosa voz. El nalroni se levantó—. Ha surgido un asunto que requiere de recursos que sé que están a tu disposición.

Sprax frunció el ceño, inquisitivo.

—Por supuesto, mi príncipe. Mi tarea no es cuestionar, sino obedecer —respondió—. ¿Qué desea, mi señor?

—Tal y como ha informado tu propia red de inteligencia, ha llegado a mi atención RenTrans, una compañía de transporte con crecientes intereses aquí en los Mundos del Núcleo —comenzó a decir Xizor—. Ya he contactado con los propietarios, la familia Rendar, para unir fuerzas y que se convierta en subsidiaria de mi propia empresa Sistemas de Transporte Xizor. Sin embargo, se han mostrado bastante… reacios, por así decirlo… a considerar los beneficios de una fusión. Eso debe cambiar. De modo que deseo que ayudes a que cambien de opinión, de una u otra forma.

—Pida y se hará —dijo el vigo Sprax.

—Tienes accesos a varios operativos —continuó Xizor—. Expertos en el campo de reparación y modificación de naves estelares, así como en sistemas de seguridad. Haz que esos expertos lleguen inmediatamente aquí, a Coruscant, del modo discreto habitual, sin conexiones rastreables a asuntos de negocios de tu sindicato o del mío.

—Sus intenciones no siempre son claras, príncipe Xizor, pero obedeceré.

—Complaceré a tu naturaleza curiosa, vigo Sprax, porque eres, en muchos aspectos, digno de cierto grado de mi confianza —dijo Xizor—. Dentro de una semana, el carguero pesado *Damisela de Doriella* de la compañía RenTrans despegará de la plataforma de atraque RT209, en las instalaciones del puerto estelar, aquí en Coruscant, cerca del Complejo Imperial. Tus operativos se encargarán de que sus sistemas de control e impulsión estén manipulados, de modo que al estrellarse poco después todo parezca un accidente. Que el desafortunado carguero caiga sobre algún complejo de edificios cercano. Algunas cargas de detonita para ayudar a que el núcleo de energía principal de la nave estalle con el impacto serían de lo más convincente.

”Y si esa pequeña muestra no convence a RenTrans para unirse a STX, estoy seguro de que la furiosa administración imperial, o tal vez el Emperador en persona, podrá hacer el trabajo por mí. Sería una lástima que la familia Rendar cayera en desgracia y sus recursos de negocios fueran incautados y entregados a su principal competidor.

Un día más de trabajo

Los patrulleros motorizados pasaron rugiendo por una calle lateral de Mos Eisley, con el Gran Gizz y su lugarteniente acorazado, Spiker, liderando la marcha. Los demás miembros de la banda les seguían, con los motores de sus barredoras modificadas rasgando el aire y levantando el polvo del mediodía como una estampida de banthas rabiosos.

Encontraron a Whizzer en un pequeño patio donde convergían varios callejones. El viejo twi'lek empujaba pesadamente una carretilla repulsora con una caja metálica de tamaño medio sobre ella. Antes de que el anciano pudiera levantar las manos por la sorpresa, los moteros le rodearon, revolucionando sus furiosos motores y gritando insultos al twi'lek. El Gran Gizz alzó la mano y los moteros se callaron.

La moto de Gizz rugió, separándose del círculo formado por los patrulleros motorizados y acercándole a la caja de Whizzer. Gizz miró largo y tendido a los ojos temblorosos del twi'lek, con su cabello salvaje ondeando en la brisa ardiente y polvorienta.

—Eh, Whizzah —gritó a la cara del anciano. El twi'lek pareció arrugarse bajo los cáusticos vapores del rancio aliento de Gizz—. Te estábamos buscando. Jabba nos dice que le debes algo. Quiere la pasta… y quiere su especia.

En ese momento los otros moteros estallaron en estridentes gritos de «¡Dale la especia, cabeza gusano!», y «¡Sí, tío, créditos, suelta los créditos!».

Cuando se calmaron, Gizz se acercó incluso más al rostro de Whizzer.

—¿Qué hay en la caja, Whizzah? —El líder de la banda de moteros observó con lascivo placer la obvia incomodidad del twi'lek—. Vas a enseñármelo, ¿o quieres que el Gran Gizz haga que uno de sus moteros te rompa una de esas colas craneales tan chulas?

Whizzer retrocedió con un traspié, balbuceando excusas.

—Sólo iba a vender esta caja a una contrabandista, una que se marcha a los Mundos del Núcleo… Ella me pagaría los créditos que le debo a Jabba. —Su frente se perló con gotas de sudor—. Dadme tan solo unos cuantos días, y tendré el dinero de Jabba y otro cargamento de ryll, y tendrá todo lo que quiere, os lo juro. Dejad que siga con mis negocios y lo arreglaré todo.

Gizz soltó un gruñido, enviando otra bocanada de aliento tóxico al rostro de Whizzer. Lanzó la mano, atrapó al twi'lek por el cuello de su chaleco, y lo atrajo hacia sí.

—Jabba no acepta excusas —gruñó—. El Gran Hinchado sólo quiere lo que le debes.

Gizz alejó a Whizzer de un empujón, y el viejo twi'lek casi choca contra su caja.

Gizz hizo chasquear los dedos.

—¡Spiker! Ven aquí —ladró.

El imponente motero de la armadura dentada pasó la pierna sobre su barredora y avanzó junto a Gizz. Cada superficie de su cuerpo estaba cubierta de armadura, cada pieza de la misma erizada con pinchos de metal.

—Arráncale la cabeza, Spiker.



Spiker se acercó a Whizzer y levantó el brazo para golpear. Un solo golpe serviría para arrancar el rostro del twi'lek de su cráneo. Spiker lanzó un golpe… y lo detuvo súbitamente, dejando los pinchos dentados sólo a un centímetro del rostro asustado de Whizzer.

—Es broma, anciano —susurró Spiker, y entonces estalló en una de esas risas agudas y enfermizas—. El ryll, ¿está en esa caja que tiene ahí? —preguntó, señalando con su casco de pinchos la caja de metal de la carretilla repulsora.

Whizzer asintió lentamente.

—Eh, Gizz —exclamó Spiker, volviéndose a su líder—. Whizzer tiene la especia justo aquí. No interfiramos en sus negocios… tal vez si te da una muestra, podrías darle unos días más de plazo para pagar su deuda. Así tú tendrías dos días más para planear al milímetro cada uno de los desagradables detalles de cómo vas a ocuparte de esta basura twi'lek si no paga.

Más risas maníacas siguieron a la amenaza.

El Gran Gizz sonrió mostrando sus colmillos retorcidos.

—Sí, dale al Gran Gizz una pizca y no le diremos a Jabba que nos hemos encontrado contigo.

Whizzer parecía estar de acuerdo, aunque no dijo nada. Desató las correas de la caja y levantó la tapa. La caja estaba llena hasta el borde de un polvo azulado. El Gran Gizz se inclinó sobre ella, introdujo su mano enguantada en el polvo, y se llevó un puñado de ryll a su rostro demoníaco. Esnifó y lamió el polvo azul de su mano, vertiendo gran parte del mismo por su chaleco y su barredora. Cuando terminó, el Gran Gizz volvió a sentarse en el asiento de su barredora con una expresión satisfecha en su rostro.

—Parece que hemos acabado contigo, Whizzer —dijo Spiker, entre risitas—. Pero asegúrate de que tienes todo lo que le debes a Jabba la próxima semana, o Gizz aquí presente te hará algo que ni siquiera yo puedo imaginar.

Spiker echó hacia atrás su espinosa cabeza mientras soltaba otra carcajada. Saltó sobre su barredora y siguió a Gizz alejándose por el callejón. Los demás moteros dieron veloces vueltas alrededor de Whizzer durante unos instantes, gritando «¡Sí, la semana que viene!» y «¡Gizz te atrapará!». Una vez que la banda se fue rugiendo por los polvorientos callejones de Mos Eisley, Whizzer se limpió el sudor de la frente e inmediatamente se desmayó.

El plan de apoyo

Jix abandonó las cámaras de entrenamiento de Lord Vader, dirigiéndose al transporte que le llevaría a su siguiente misión en Tatooine. El Señor Oscuro de los Sith había sentido la evidente incomodidad de Jix al estar en su presencia: sin duda, los observadores en las sombras ayudaron a poner nervioso al agente, junto con la intimidante presencia del propio Vader. El Señor Oscuro activó su sable de luz y se enfrentó durante unos instantes al siguiente droide de combate de entrenamiento antes de convertirlo en pedazos como si tal cosa. Demasiado fácil.

Xizor había mostrado su mano de sabacc… o, más bien, Vader se la había espiado por encima del hombro. El príncipe del Sol Negro se había traicionado a sí mismo al traer a Jabba a Coruscant para una de sus reuniones personales. Por supuesto, poca gente sabía que el señor del crimen hutt había entrado siquiera en los Mundos del Núcleo, pero Vader era una de esas personas. Tenía ojos por todas partes. Ojos que podían descubrir intrigas encubiertas, y ojos que se asegurarían de que su agente Jix tuviera éxito. Vader había aprendido a no depender de las acciones de ningún hombre en concreto; los fracasos y los errores de numerosos oficiales de la Armada Imperial le habían enseñado eso. No, esta vez tendría un plan de apoyo.

Vader conocía a los jawas de Tatooine. Eran tan numerosos como moscas carroñeras en un cadáver podrido. Tan numerosos que unos cuantos errantes no se echarían demasiado de menos. Y la pérdida unos cuantos más adicionales no se notaría.

—Kohvrekhar —llamó el Señor Oscuro.

Una de las sombras de la sala de entrenamiento le respondió.

—Sí, Lord Vader.

—Prepara a tu equipo para viajar a Tatooine. Ya sabes qué hacer en caso de que Jix fracase.

—Sí, Lord Vader —respondió la sombra—. Proteger al llamado Skywalker, aunque ello requiera que eliminemos a varios de los seguidores de Jabba. O a Jix.

—Correcto. Puedes retirarte —dijo Vader, dando la espalda a las sombras parlantes—. Al salir, dile a tu hermano de clan que venga: tengo otros asuntos que planear con él.

Sociedad disuelta

Skahtul encontró a Calliose cojeando por un callejón a varias manzanas de distancia de su escondite en Kothlis, ahora reducido a cenizas.

Tan sólo minutos antes, había escapado por los pelos del edificio reforzado donde mantenían retenido a Skywalker. Una resistente celda y una cerradura de seguridad con lector de tarjetas aparentemente no pudieron mantener prisionero al Jedi durante mucho tiempo; los amigos que le ayudaron a escapar y las tropas de asalto que llegaron a continuación fueron más que suficiente para convencer a la barabel de que no valía la pena soportar tantos problemas por ese trabajo. Aunque hubiera invertido casi todo su capital en ello.

Eso no era tan malo como ver cómo sus socios cazarrecompensas caían atravesados por el fuego de bláster, el sable de luz danzante, y el letal fuego cruzado de los matones de Calliose. Iba a asegurarse de que Calliose lamentara haberse dejado encontrar.



—¿Adónde te crees que vas? —gruñó Skahtul, arrebatando el bláster de las manos del cazador y agarrándole del cuello contra la pared del callejón—. Tienes muchas narices para escapar así de la batalla… dejándome a mí y a mis cazadores en los escombros para enfrentarnos a esa escuadra de tropas de asalto. ¿Quién sabe qué harán a los pobres idiotas que capturaron? ¿Torturarlos hasta la muerte, tal vez? ¡Eso me enfurece!

Calliose jadeó en busca de aliento mientras el brazo de Skahtul presionaba su torso superior contra el muro.

—No… es… culpa… mía… —susurró.

Skahtul le dejó caer en la mugre del callejón y le dio una patada en las tripas.

—¿Y de quién eran los guardias que vigilaban a Skywalker cuando escapó? —gruñó ella, agarrándole del chaleco blindado y lanzándole de nuevo contra la pared—. Me

encantó cómo tus matones la cagaron en ese tiroteo. Ese fuego cruzado en el que nos atrapasteis no tendría nada que ver con órdenes secretas, ¿verdad?

—¿Q… qué órdenes secretas? —jadeó Calliose—. Estábamos trabajando juntos en esto, Skahtul…

—Te conozco —dijo ella con una mueca de desprecio—. Te gusta eliminar a otros cazadores de recompensas que puedan seguirte los pasos. Habría sido estúpida si no me hubiera informado de tu pasado. Creo que fuiste presa del pánico. No eres estúpido, Calliose. Diste órdenes a tus cazadores. Si parecía que nuestra pequeña alianza se deshacía, debían eliminarme.

—No pretendíamos disparar a tus cazadores —dijo Calliose—. Estaban en medio…

—Qué conveniente —gruñó Skahtul—. No me sienta demasiado bien ver a mis socios hechos pedazos por un grupo descontrolado de idiotas con gatillo fácil que no saben dónde están apuntando. Dejarnos atrás para cuando llegaran las tropas de asalto fue un bonito toque.

—No sabía que las tropas de asalto iban a irrumpir…

—¡Cállate! —rugió la barabel—. Debería destriparte aquí mismo, gimoteante parodia de cazador. Pero tengo otros planes para ti. —Con su mano libre, la que no estaba aplastando la tráquea del nikto, se soltó el cinturón y sujetó con él las muñecas de Calliose—. Tengo entendido que unos amigos del Gremio de Comercio Klatooinano te han estado buscando. Vamos.

Tal vez Skahtul obtuviera una recompensa por este trabajo, después de todo…

El pago de la recompensa

Guri dejó el *Aguijón* en la plataforma de atraque 28, sostenida por pilares sobre el pantano. Se envolvió en la capa verde, agarró la caja metálica llena de créditos, y descendió la rampa de la plataforma de atraque adentrándose en las fangosas calles de Gelgelar.

El arrogante Boushh se había puesto altivo en su último contacto con el Sol Negro. Había capturado con vida a su última presa, tal y como Xizor quería, pero el cazador ubés afirmaba que le había costado más recursos esta vez, y pedía un 50 por ciento más de lo que especificaba el contrato. Sorprendentemente, Xizor aceptó y ordenó a Guri que se reuniera con Boushh en Gelgelar y le diera al cazarrecompensas su pago.

Hasta entonces, Boushh siempre había tratado con mensajeros de Green, el vigo del Sol Negro que controlaba varios intereses criminales en esa región. Habitualmente Chorh-dha o Vimriss, o algún otro pelota daban la cara por Green. Al Sol Negro no le gustaba revelar qué era y qué operaciones estaba financiando. Era un arreglo agradable y anónimo. Pero a Boushh no le bastaba con dejar así las cosas. El astuto ubés había enviado sensores, sondeando para ver a quién informaban los mensajeros, en qué naves estelares viajaban, y qué otros contactos hacían. Y eso no era bueno para los negocios del Sol Negro.

Guri se abrió camino entre varias chozas destartaladas construidas con viejos contenedores de carga y planchas de casco oxidadas. Encontró la escotilla manchada con ultra-pintura azul, y entró por ella. Boushh estaba allí, de pie junto a una tenue luma que colgaba del techo. Una vieja caja de carga de plástico servía como mesa improvisada ante él. Guri echó un rápido vistazo a su alrededor, encontrando tan sólo a un nimbanés esposado, encogido en la oscuridad cercana… el objetivo de la recompensa.

—¿Yo tzak sze Chorh-dha? —preguntó el ubés a través de su modulador vocal mecánico.

—Chorh-dha pensó que sería mejor enviarme a mí —respondió Guri—. Alguien en quien pudieras confiar más.

Boushh tosió una breve risa.

—Yo czhal.

Guri le complació, dejando el maletín metálico en el cajón de plástico, alzando las manos y dándose la vuelta. Sintió que una de las manos de Boushh la registraba en busca de armas u otros dispositivos. Sin duda, la otra mano estaba en su bláster. Cuando Boushh no encontró ninguna amenaza en su persona, volvió a hablar, ordenándole que bajara las manos y abriera el maletín.

Por supuesto, ella esperaba esto. Boushh era demasiado suspicaz como para abrir él mismo el maletín de los créditos. Seguía necesitando una distracción. El gas aturdidor no serviría; aunque ella era inmune a los efectos anestésicos, el gas tampoco atravesaría el casco del cazador de recompensas. Una granada cegadora tendría el mismo problema, ya que seguramente su visor le protegería. De todas formas, ella estaba bien preparada…

Abrió el maletín y lo volvió hacia Boushh, mostrándole los montones de chips de crédito que tintineaban en su interior. Se acercó para tocarlos con su mano libre. Guri observaba, impasible. Boushh pasó su mano por los chips de crédito y luego gritó de dolor. Su bláster golpeó el suelo mientras se agarraba la mano en la que una pequeña criatura había clavado sus colmillos. Justo la distracción que Guri necesitaba.

La patada voladora de Guri impactó en la cabeza de Boushh con un chasquido muy satisfactorio. Su cuerpo cayó al suelo, con el casco reposando sobre sus hombros en un ángulo extraño.

Arrancó al dinko de la mano sin vida de Boushh y lo aplastó entre sus dedos. Entonces Guri cerró el maletín de los créditos e hizo un gesto al asustado nimbanés.

—Vamos —dijo—. Trata de escapar y terminarás igual que él.

Con su mano libre, Guri se echó al hombro el cuerpo de Boushh y se dirigió de vuelta al *Aguijón*.

Xizor siempre había querido saber qué aspecto tenían los ubeses bajo sus cascos…

Fuera de la ecuación

La cabeza de Snoova volvió a dar vueltas. Los recuerdos regresaron vagamente a su dolorido cráneo. Acababa de terminar una reunión con Asteria, algo sobre una recompensa por un trabajo de rutina. Fue justo en el exterior de su mansión fortificada cuando saltaron sobre él; seis matones con picas aturdidoras y bastones de choque. Recordaba haber pegado un buen tajo a uno de ellos. Debía de haber más en las sombras del callejón, porque sintió el picotazo de proyectiles tranquilizantes. Entonces la calle se puso del revés y se desmayó.

El wookiee meneó la cabeza, más vigorosamente esta vez, y examinó la celda a su alrededor. No era demasiado grande; de hecho, cuando por fin recuperara el equilibrio, Snoova estaba seguro de que ni siquiera podría ponerse de pie en ella. En ese instante, no podía ni estirar las piernas en el suelo. La puerta reforzada junto a sus pies tenía un pequeño ventanuco de transpariacero cerca de la parte superior, donde ocasionalmente captaba el destello de un rostro borroso observándole. Trató de levantarse, pero descubrió que era ligeramente difícil sin usar los brazos…

Snoova necesitó un tiempo para darse cuenta de que sus brazos colgaban por encima de él, con las muñecas esposadas con un grillete metálico sujeto al muro con un pesado eslabón de duracero. Gruesas manoplas metálicas le cerraban las manos en forma de puño para que no pudiera extender sus garras. Para asegurarse de que no usara las manoplas como armas, habían sido encadenadas entre sí y sujetas a la pared metálica de la celda. Trató de romper las cadenas con sus brazos, y luego dio unos cuantos fuertes tirones para intentar arrancar el eslabón sujeto a la pared, pero sin éxito. Cuando más se aclaraba la mente de Snoova, menos le gustaba su situación.

No se puede mostrar la imagen en este momento.

La puerta de la celda se abrió finalmente haciéndose a un lado, después de que varios mecanismos de cierre hubieron pitado y chasqueado al desbloquearse. Nadie entró —apenas había espacio— pero Snoova distinguió una figura de pie en el umbral, un twi'lek de avanzada edad y bastante sereno, vestido con llamativas ropas y joyas. Detrás del twi'lek había varios guardias de otras especies alienígenas, todos ellos blandiendo zumbantes picas aturdidoras. Los guardias parecían ansiosos por soltarle descargas.

El twi'lek se aclaró la garganta y habló:

—Por favor, acepta mis más humildes disculpas por el trato que se te está dando, amigo mío.

Snoova contestó rugiendo algo denigrante acerca del linaje del twi'lek, y luego siguió gruñendo mientras agitaba sus manoplas encadenadas. Si su captor tuviera cabello, se habría agitado con sus resoplidos. De hecho, las joyas del twi'lek tintinearon bajo la fétida brisa del aliento de Snoova.

—Me han dicho cosas mucho peores, cazador —respondió el twi'lek con calma—. Y sí, tus manoplas están destinadas a evitar que inflijas daños innecesarios a mi personal e instalaciones.

Snoova soltó otra andanada de aullidos y rugidos.

—El hecho de que vayas o no a recordar mi cara para la eternidad no me concierne. De momento, basta con decir que nuestros propósitos requieren que previamente nos ocupemos de ti, o te dejemos «fuera de la ecuación», como os gusta tanto decir a vosotros, los cazarrecompensas. En una realidad alternativa, digamos que tu gemelo va a realizar una visita a Coruscant. De momento, por favor, acepta la hospitalidad que somos capaces de ofrecer a un wookiee furioso. Se te alimentará y se te cuidará, y eventualmente, cuando nuestros propósitos lo permitan, se te liberará. No temas; se te compensará generosamente por tus molestias… una vez hayas sido transportado lejos de este campo de esclavos.

Un viejo amor necesitado

Wendell Wright-Sims releyó la invitación impresa en la tarjeta de plástico mientras se acercaba a la entrada de la sala de recepciones.

Por la presente, Su Eminencia, Kren Blista-Vanee, Consejero Imperial de nuestro Muy Augusto Emperador, solicita su próspera presencia en una gala con motivo de la representación en la velada inaugural de la temporada de El Ciclo de Kallea.

Tendió la farragosa invitación al guardia de honor, quien la introdujo en un lector de datos, y luego le indicó que podía pasar.

Al otro lado, la sala de recepciones estaba repleta de la élite de la sociedad de Coruscant. Si no estaban cotilleando en pequeños corrillos de gente, revoloteaban por el suntuoso salón, admirando la colección de arte del Consejero Imperial, maravillándose ante la exquisita comida, u observando las ventanas de transpariacero de 30 metros de alto que componían las paredes y ofrecían una asombrosa vista de la brillante silueta de Coruscant.

Sin embargo, incluso con la perspectiva de tener que permanecer sentado durante la primera sesión maratoniana del Ciclo de Kallea, Wendell estaba determinado a presentar su habitual personalidad encantadora. Era parte de su trabajo, aunque significara aguantar en su asiento durante toda una tediosa ópera brentaal.

Se aseguró de que su cabello blanco seguía en su sitio y se estiró los faldones del traje de gala del diseñador de esta semana antes de mezclarse entre el gentío. Wendell se deslizó en una conversación, se coló en un debate, y finalmente en otra discusión, todo ello mientras sonreía, asentía, estrechaba manos y, básicamente, reforzaba su devoción a aquellos adictos a la especia más refinada que tan diestramente dejaba en sus umbrales.

—Sí, es asombroso cómo esos intérpretes pueden cantar durante cinco horas seguidas. Deben entrenar sus voces durante años antes de poder realizar semejante proeza de atrevimiento musical.

”Lady Comark, qué vestido tan adorable lleva esta noche. Sí, me aseguraré de pasarme a hacerle una visita pronto. Por supuesto, ¿qué invitado no llevaría un obsequio adecuado a su gracioso anfitrión?

”¡Qué abominable! Uno creería que esos rebeldes podrían pensar que las vidas inocentes tienen algún valor, pero parece que nunca se detendrán hasta que vuelvan a estar aquí sentados, en las salas del antiguo Senado.

”Sin duda debe estar usted bromeando, gran almirante Takel. ¿Un escándalo de hace años involucrando al difunto gran moff Tarkin y una de sus ayudantes? Estoy seguro de que las actuales administraciones imperiales están bastante por encima de tales incorrecciones. Oh, y sí, tendré un paquete para usted la próxima semana.

Era la clase de cháchara superficial en la que Wendell era un experto. Mientras les hiciera la pelota adecuadamente, vendería suficiente especia para vivir de modo extremadamente confortable.



Entonces la vio, una exquisita visión de belleza. Al menos eso es lo que él le diría. Habían pasado al menos dos años desde que se habían cortejado informalmente. Wendell lo recordaba como una época placentera, aunque no terminaba de recordar por qué se habían separado. Tal vez mereciera la pena sobrevivir las cinco horas de la representación de la primera porción de la ópera, después de todo…

—Vaya, Mayli Weng —exclamó Wendell, acercándose a la mujer del suntuoso traje de noche y el cabello artísticamente peinado—. No te había visto desde…

—Desde que dejamos de vernos —le cortó ella con aire casual, apartándose de la conversación que había estado manteniendo con varios caballeros de aspecto importante.

Wendell le tomó la mano y presionó con delicadeza sus labios en ella.

—Un tecnicismo menor —dijo suavemente. Mayli no se daba cuenta (o tal vez simplemente no decía nada), pero mientras mantenían una charla insustancial, Wendell la fue conduciendo lentamente fuera de la zona principal donde charlaban los invitados, hacia los más tranquilos pasillos exteriores. Mayli le siguió en silencio y esbozó una sonrisa educada al pasar junto a varios conocidos. Para cuando Wendell la condujo junto a una de las inmensas ventanas desde las que se dominaba Coruscant, ella había abandonado sus corteses modales.

—Wendell, no tengo tiempo para tus avances románticos —dijo—. Tanto tú como yo tenemos negocios que tratar en esta recepción. Nuestros modos de vida dependen de asuntos como este. No ganamos nada abriendo viejas heridas emocionales…

—Puedo permitirme pasar parte de mi tiempo con una amiga necesitada —dijo Wendell con frialdad—. Ciertamente pareces molesta por algo. Lo bastante molesta como para que pueda interferir con las negociaciones que tengas previstas esta noche.

—Mis «negociaciones previstas» no son de tu incumbencia —comenzó a decir Mayli—. No es culpa mía que la mitad de mis artistas en Ralltiir estén siendo detenidos como simpatizantes rebeldes, que el gobernador Snopps de Corulag no ordene a esos cadetes de la Academia que dejen de abusar de las chicas de mi salón de placer, y que el gobierno essellano quiera disolver el sindicato y regular allí la industria a su tiránico estilo propio.

—Parece que tienes muchas cosas en la cabeza —dijo Wendell, rodeándole los hombros con el brazo—. Tal vez pueda ofrecerte una distracción…

—No quiero nada de tu mercancía, si es eso todo lo que puedes ofrecerme —le interrumpió Mayli, dando un paso para apartarse—. Sabes que no he tocado esa mierda desde que me aparté de las pistas de baile.

—Como iba diciendo, tal vez pueda ofrecerte una distracción recordando viejos tiempos… ya sabes, tomar prestadas unas cuantas exquisiteces culinarias de la bandeja de un camarero, una botella de algún vino añejo cedrelliano, y nosotros, ya me entiendes. Sin compromiso, por supuesto.

—Wendell, a veces puedes ser irritantemente vano.

—Y sin embargo, debes admitir que de vez en cuando el encanto a menudo resulta un sustituto satisfactorio. —Comenzó a conducirla de la mano hacia los arcos de la terraza—. Vamos, camina conmigo por el jardín de la balconada, y eliminaré de tu mente las preocupaciones con mis sonoras interpretaciones de Adranax, el gran poeta korfani: «¿Por qué lamentarse hoy en lágrimas por el ayer/Cuando las actuales horas no van a permanecer?/Ven, pasea conmigo, encontraremos tu perdida paz/En los brazos de un viejo amigo y en un beso fugaz».

La fuga de Spero

Sonó el timbre de la puerta de la oficina de Leia. Ella no levantó la vista de las pilas de tabletas de datos que había en el escritorio de su oficina del consulado; los edictos de la semana que iban a ser sometidos a votación en la cámara del Senado Imperial apresuradamente, antes de la semana festiva de año nuevo. Si no terminaba de revisarlos, quién sabe qué nuevas y tiránicas políticas aprobarían las facciones del Nuevo Orden. Tenía que partir pronto para Raltiir, y no podía permitirse retrasarse en su papeleo del Senado. El timbre volvió a sonar.

—Ya he dicho que no quiero que se me moleste —exclamó.

De todas formas, la puerta se abrió deslizándose hacia un lado. Una de las ayudantes menores del consulado asomó la cabeza.

—Mis disculpas por molestarla, princesa —dijo, inclinando avergonzada la cabeza—. El jardinero jefe Spero insiste en que debe verla. Parece bastante urgente.

—Hazle pasar, Maglenna —dijo Leia, con el ceño fruncido por la preocupación.

Spero entró, retorciéndose con ansiedad las manos y los tentáculos de su cabeza roja agitándose con temor.

—Princesa, ha ocurrido algo terrible —tartamudeó—. Estaba trabajando en los jardines consulares y encontré una tarjeta de datos oculta en la jardinera principal. Bueno, sabía que no debería estar ahí, y traté de devolvérsela al jefe del personal doméstico. Cuando iba a hacerlo, un hombre extraño se acercó a mí, dijo que era de Inteligencia Imperial, y me dijo que estaba bajo arresto.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Leia.

Spero se ruborizó.

—El hombre estaba junto a la bancada de flores-hongo ancathianas —explicó—. Temiendo poder estar en peligro, silbé en la frecuencia adecuada, y las flores expelieron su polen en una densa nube alrededor del hombre. Los humanos son particularmente sensibles al polen de la flor-hongo, y quedó momentáneamente aturdido. Me deslicé por la puerta trasera del jardín y me dirigí con cautela hasta aquí. Por favor, princesa, debe ayudarme.

Leia sabía que no debería haber permitido que los agentes rebeldes usaran los jardines consulares de Alderaan como lugar de encuentro, y desde luego no aprobaba que usaran la jardinera principal como punto de entrega de tarjetas de datos. Sin embargo, el mal estaba hecho y Spero era uno de los daños colaterales.

—¿Maglenna? —llamó Leia. La joven ayudante apareció de nuevo en el umbral de la oficina—. Lleva a Spero al turboascensor del consulado… el privado, adyacente a la sala de conferencias. Llévalo al sub-nivel 27 y déjalo con Hindred. Él sabrá qué hacer.

—¿Adónde me van a llevar? —preguntó Spero.

—A un lugar seguro —le aseguró Leia, levantándose de su asiento y tomando las temblorosas manos de Spero entre las suyas—. Hindred conoce una docena de escondites seguros, tanto en este sistema como fuera de él. Mientras tanto, haré que nuestros agentes

inventen algunos rumores para engañar a la Inteligencia Imperial. No te preocupes, amigo, estarás a salvo.

Spero hizo una reverencia mientras Maglenna le tiraba de la túnica.

—Tendrá mi eterna gratitud, princesa —dijo—. Si nuestros caminos vuelven a cruzarse de nuevo, estaré den gran deuda con usted.

La ayudante le instó a salir de la oficina y lo condujo al turboascensor privado de la sala de conferencias.

El almuerzo semanal

Garin se aseguró de llegar a tiempo al Terraza Cedriana; no convenía despertar sospechas llegando tarde. Los demás de su grupo de almuerzo también acababan de llegar, y se saludaron en el vestíbulo del restaurante con abrazos y apretones de manos como su fueran viejos amigos de la Academia. Estaba Sharalon, elegante con su uniforme y ofreciéndole esa seductora sonrisa… le dio un besito en la mejilla. Se volvió para darle a Drixar una palmada en la espalda. El oficial de seguridad del puerto estelar, un wrooniano, estrechó vigorosamente la mano de Garin antes de que el grupo se volviera al droide camarero, que esperaba cerca del atril de reservas.

—¿La mesa habitual, amigos? —trinó el droide.

—Sí, Beuve —dijo Sharalon—. La que está junto a la ventana—

—Por supuesto. Síganme, por favor.

BV-1210 condujo al grupo a través del laberinto de mesas y comensales hasta un reservado con una buena vista de la bulliciosa calle de Bothawui que se extendía bajo ellos. Todos comenzaron a examinar el menú y a charlar acerca de sus elecciones para el almuerzo.

Su encuentro semanal para almorzar en el Terraza Cedriana se había convertido en un ritual. Durante la comida todos mantenían conversaciones superficiales… pero su propósito real era observarse unos a otros, lanzar pequeñas sondas aquí y allá durante la discusión, y ocasionalmente deslizar algunos fragmentos aparentemente valiosos de desinformación. Era poco más que una educada formalidad entre los espías que llamaban a Bothawui su hogar.

Beuve tomó el pedido a todo el mundo, comenzando por Sharalon, luego Drixar y finalmente Garin. La adorable presencia y la tranquila conducta de Sharalon eran engañosas; en realidad era una agente de la Inteligencia Imperial, y había sido responsable de la muerte de varios agentes rebeldes que Garin había llegado a conocer. Desde su posición como recepcionista principal en el Hotel Real Bothano, podía monitorizar las idas y venidas de otros agentes rivales, y preparar áreas de encuentro seguras, puntos de entrega y alojamiento para sus propios agentes. Estaba a años luz de su trabajo desenterrando y eliminando espías rebeldes en los Mundos del Núcleo; Garin suponía que a Sharalon se le había ido la mano en el incidente de Kuat y había sido reasignada a Bothawui para «enfriarse».



Beuve regresó con las bebidas que habían ordenado. Drixar ya se había lanzado a contar uno de los jactanciosos relatos por los que los wroonianos eran tan tristemente célebres. Era un oficial de seguridad en el espaciopuerto, la cobertura perfecta desde la que el informante de un sindicato del crimen podía monitorizar la actividad y ayudar a las tareas de contrabando. Ni Sharalon ni Garin sabían para quién trabajaba (sólo habían conversado acerca de ese punto la última semana durante una reunión vespertina no prevista tras la recepción de la Misión Comercial Bothana). Sin embargo, ambos agentes tenían fuertes sospechas de que trabajaba para los hutts; si no, para Jabba, al menos para alguien que manejaba algunos hilos muy influyentes en el inframundo del Espacio Hutt.

Por supuesto, había un cuarto miembro en su pequeño grupo de almuerzo, y representaba a los bothanos. Puede que Beuve no estuviera siempre a mano, pero los tres agentes creían que tenía sensores de audio y video aumentados, así como enlace de comunicaciones directo a un dispositivo de escucha plantado en el adorno central de su mesa. No se habían molestado en retirarlo. Allí, en Bothawui, todo el mundo espiaba a todos los demás. Su almuerzo allí se había convertido en un hábito; romper ese hábito enviaría a los otros grupos una clara señal de que pasaba algo.

—Tengo entendido que habéis contratado más personal en el hotel —dijo Garin, como un comentario aparentemente inocuo a Sharalon—. Algún día tendrás que presentarme.

Ella le ofreció una sonrisa evasiva, pero Garin detectó una ligera expresión de disgusto. Sus subordinados estaban mejorando a la hora de detectar nuevos agentes de Inteligencia Imperial tan pronto como ponían un pie en el espaciopuerto.

Drixar habló acerca de cierto cargamento interesante de sensores y equipo informático con destino a Kothlis. Sharalon alzó una ceja, pero no dijo nada; sin embargo, la leve expresión de sorpresa indicaba a Garin que el Imperio no sabía nada acerca del cargamento. Tampoco Garin lo sabía, pero al menos el no dejó que se le notara.

—Ahora que hablas de ordenadores, tengo entendido que tu oficina está mejorando los suyos, Garin —dijo Sharalon, sonriendo detrás de su copa de chooss espumoso.

—Con nuestras nuevas cuentas en el Sector Corporativo, tenemos que expandir nuestra capacidad de procesado de datos —respondió él—. Es asombroso lo que los ordenadores pueden hacer hoy en día.

Mientras Beuve les servía la comida, Garin echó un vistazo por el restaurante y al exterior de la ventana. En la calle, localizó dos vigilantes imperiales que trataban de pasar desapercibidos mientras miraban las redes de noticias locales en una pantalla pública. No estaba seguro de a quién tendría Drixar siguiéndolos, pero lo más probable era que fuese el rodiano sentado en el mostrador de zumos del restaurante.

La comida terminó con las bromas y risas habituales. Beuve se detuvo junto a ellos con la cuenta.

—Espero que su experiencia culinaria haya sido placentera, amigos —trinó. Sharalon tomó esa vez la nota, guiñando pícaramente el ojo a Garin mientras Drixar no estaba mirando.

Esa noche Garin revisó los diversos informes archivados esa tarde. Mientras estaba almorzando con sus rivales, sus piratas informáticos habían logrado copiar los archivos de datos personales de Sharalon, encontrando algunos interesantes datos acerca de un gran moff viajando de incógnito por el espaciopuerto de Bothawui la siguiente semana, qué era lo que sabía acerca de los movimientos de naves capitales rebeldes por el sector, y algunos detalles más, bastante embarazosos, acerca de su vida privada. Al mismo tiempo, alguien que trabajaba para Drixar había causado, sin duda, que fallara el nuevo sistema de vigilancia del local rebelde oculto; se acabó lo de «oculto». Y Sharalon había estado ocupada después de comer; los sensores y el equipo informático con destino a Kothlis habían sido «desviados» a una guarnición imperial en los Mundos del Núcleo. Sin duda a los bothanos no les había gustado eso…

Una comida muy especial

El chef principal Tavvar Va'ran estaba nervioso. Era una noche ajetreada en el Manarai, y tenía muchos pedidos que servir. Era el segundo mejor chef kubaz del Imperio; por supuesto, pocos sabían que el mejor chef kubaz estaba al servicio personal del Emperador. La mayor parte del tiempo, el chef principal Va'ran sólo era responsable de las delicadas delicias culinarias que se servían en las mesas del Manarai. Hoy sería responsable de asesinato.

Tavvar permanecía de pie, en silencio, limpiándose las manos en un trapo suelto, escuchando a la humana que estaba frente a él, al otro lado de la mesa de preparación. Para los estándares humanos, era preciosa, pero el chef kubaz la encontraba carente de atractivo porque conocía el corazón negro que acechaba bajo los hermosos rasgos. Sin embargo, era accionista del Manarai, y su jefa… de hecho, ella le había contratado personalmente. Era una deuda que nunca le dejaba olvidar.

Tavvar sabía que si no cooperaba, Guri no tendría reparos en eliminarle y animar a la gerencia del Manarai que pusiera en su lugar al tercer mejor chef kubaz de la galaxia. Escuchaba atentamente.

—Estás preparando un plato para Fendrilon Koozar, ¿no es así? —preguntó ella fríamente.

—Sí —respondió Tavvar. Había oído hablar de Koozar, uno de los consejeros del Emperador que tenía la alarmante costumbre de meter sus narices donde no le llamaban—. Ha pedido un aperitivo de filete de atrapamoscas wrooniano crudo, seguido de un bol de hojas de sufar aliñado con brotes de mecolar y salsa drezzle, y luego un plato principal de anguila fleek frita en aceite de zaffa. Aún no ha pedido el postre.

Guri le lanzó una mirada de desdén. Él sabía que estaba bien entrenada en cultura y en etiqueta, pero parecía no apreciar los elevados gustos con los que Koozar estaba acostumbrado a obsequiarse.

—Te asegurarás de que reciba la «especialidad de la casa» —dijo ella.

Tavvar arrugó el hocico en una extraña mueca de disgusto. El término era un código. Era una combinación de ingredientes, algunos de ellos condimentos alimentarios naturales, y otros productos químicos casi imposibles de rastrear. Se añadirían a los platos de la víctima a lo largo de la comida. Esos componentes estaban diseñados para trabajar en conjunto con los aceites y especias naturales que se encontraban en la comida, así como con el propio sistema digestivo de la víctima, para causar ciertos efectos poco placenteros varias horas después de consumir la comida… resultando a menudo en la muerte, bastante dolorosa, de la víctima.

—¿Tiene alguna instrucción de preparación específica que quiera que siga? —preguntó Tavvar.

—Como siempre, busco algo discreto —dijo Guri—. Tal vez una receta que le cause más tarde efectos alucinógenos… algo que le pueda inducir a abrir la puerta de su deslizador y saltar, o a tirarse desde el balcón de su torre.

Tavvar recorrió mentalmente combinaciones de productos químicos, especias, elementos de la comida de Koozar y su conocimiento de la fisiología humana. Una dosis de insípida thetametabuterina en el filete de atrapamoscas, un moho híbrido en los brotes verdes, y algo de especia collafa en el aceite de zaffa deberían bastar, pensó.

—Se hará de acuerdo con sus órdenes —dijo Tavvar. No supuso una gran diferencia. Guri seguía allí de pie; seguiría vigilando hasta que toda la comida estuviera preparada y servida. Así que Tavvar comenzó su labor culinaria.

La noche siguiente, Tavvar vio en las noticias que Fendrilon Koozar, mientras iba en su lujoso aerodeslizador, lanzó un ataque incontrolable a su droide piloto, arrebató al autómata los controles, y estampó su vehículo contra el Ministerio de Gestión de Territorios, pereciendo en una intensa explosión.

Salida apresurada



To'iir y Liadden, su aprendiza de contrabandista, estaban sentados en uno de los lujosos divanes de los aposentos de Rithgar. El jefe del puerto clandestino de Kothlis les

había invitado a su cámara, ostentosamente decorada, para tomar un trago y hablar de las últimas noticias de sus colegas contrabandistas.

To'iir, con sus colas craneales enrolladas con aire casual sobre su hombro, bebía a sorbos su caffa caliente. Liadden, más audaz que su anciano mentor, había pedido a su anfitrión que le preparara un llameante. Rithgar lo sirvió en un cáliz de cristal digno de una reina, sobre una bandeja de plata con un grabado de runas antiguas. Toda la cámara de la cueva estaba repleta hasta arriba con piezas de botín; incluyendo un antiguo tapiz de Alderaan, unas cuantas mullidas alfombras wroonianas, mesas bajas de madera *greel* tallada, e incluso un exquisito candelabro de lámparas de aceite de Xaza IV. Era difícil de creer que fuera un puerto clandestino de contrabandistas. La puerta blindada abierta hacia la zona de mando de Rithgar mostraba pantallas de ordenador y escáneres de sensores que monitorizaban la actividad en el sistema. Al viejo pirata le gustaba su lujoso botín, pero también sabía cómo dirigir su puerto clandestino.

Liadden se movía nerviosamente con impaciencia. Ya habían repostado su carguero, el *Setenta y Siete Estrellas*, y habían recibido algunas piezas de repuesto a cambio de parte del contenido de su nave. Y aun así su anciano mentor había insistido en socializar con su anfitrión, quien se inclinaba sobre las cajas llenas con su colección privada de bebidas, acariciándose su desaliñada barba, y estallando de vez en cuando en carcajadas de pirata.

—Tengo entendido que ese moff imperial sigue aún tras vosotros por ese pequeño truco que realizasteis —dijo Rithgar—. Eso es lo que consigues por contratar a niños para ayudarte a pilotar ese cubo oxidado al que llamas carguero estelar.

—Es rápida —dijo To'iir—. Nunca ha estado mejor.

—¿A quién te refieres? —dijo Rithgar entre risas—. ¿A la nave o a la chica? ¡Ja, ja!

El otro visitante en los acogedores aposentos de Rithgar era un twi'lek más joven que se relajaba en la silla auto-ajustable frente a To'iir y Liadden. Se había presentado como Tru'eb, Hasta ese momento no había dicho nada, permaneciendo sentado en silencio y soltando de vez en cuando risitas para sí mismo, sin duda debido a la conversación que se desarrollaba ante él. Tal vez él tuviera algo que ver con la insistencia de To'iir en quedarse y relacionarse.

—Y tú, mi silencioso amigo —dijo Rithgar entre risitas, mirando a Tru'eb—. ¿Cómo van las cosas con tu novia?

—¿Te refieres a mi nave o a mi antigua socia? —preguntó fríamente, tomando un sorbo de alguna clase de bebida espumosa azul.

Rithgar se limitó a soltar una franca carcajada.

—La *Estrella Luudriana* está bien —dijo el otro Twi'lek—. Platt también está bien. Se dedica a pasar ryll de contrabando de Ryloth al Sector Corporativo.

—¿El Sector está despejado, o hay dificultades? —preguntó con calma To'iir.

—Platt puede arreglárselas —respondió Tru'eb. Liadden advirtió que sus colas craneales se movían, probablemente ampliando el comentario de forma que sólo To'iir

pudiera entenderlo. También advirtió el gesto de las colas craneales de su mentor, un movimiento que ella había llegado a interpretar como un comentario de reconocimiento.

—¿Alguna otra noticia interesante? —preguntó To'iir.

—Bettle y Jaxa aún andan a la greña —dijo Tru'eb—. Nada serio, estoy seguro. Nada Synnt está sacando partido de la escasez de materias primas. Roarke sigue metiéndose en líos.

Con cada comentario, Liadden notaba que las colas craneales del twi'lek se movían… y las de To'iir se movían en respuesta. En esa conversación se estaban diciendo muchas más cosas que lo que se hablaba en voz alta.

Entonces Liadden comprendió. Para To'iir, esto no era una simple parada de repostaje; era una visita de obtención de información. Tru'eb, allí presente, era otro contrabandista, y estaban intercambiándose notas. Algunas eran para que las oyeran los demás, y otros comentarios eran sólo para To'iir. Liadden había escuchado rumores de que los bothanos tenían intereses en ese puerto clandestino, y se preguntó si la conversación secreta de los twi'leks era una precaución.

Rithgar se volvió hacia la puerta del centro de mando en respuesta a un pitido intermitente que procedía del ordenador de sensores.

—¡Por los Anillos de Fuego de Fornax! —maldijo. To'iir y Liadden se levantaron simultáneamente mientras Tru'eb depositaba lentamente su bebida en la mesa baja—. Los sensores detectan algo grande… una nave imperial… ¡Un Destructor Estelar clase *Super* y naves de apoyo!

Cuando Liadden se volvió hacia su mentor, él ya estaba recogiendo sus cosas. Tru'eb se detuvo un instante en su apresurada carrera hacia la puerta, sin duda en dirección a su nave.

—*Ma-allesh*, amigo —dijo. To'iir le devolvió el saludo con la cabeza, y entonces Tru'eb desapareció en los pasillos de roca que comunicaban con las bahías de atraque del puerto clandestino.

—Ven, jovencita —dijo To'iir, tomándola de la mano—. Salida apresurada. Problemas imperiales no son buenos… no ahora.

Escapada de caza

Boddu Bocck se agachó ocultándose en los matorrales de la jungla. Comprobó los proyectiles de su ballesta energizada, y luego se acarició su barba rojiza, contemplando el terreno tropical a su alrededor. Bocck sólo estaba a escasos kilómetros del límite de Ciudad Ecuador, pero esa distancia sería toda una lucha salvaje. Ahí fuera había rodianos de la jungla provincial, rodianos que no recibían demasiado bien a los intrusos entrometidos. Todo formaba parte del desafío.

El cazarrecompensas estudió su entorno. Estaba agazapado entre las raíces de un gran árbol selvático cubierto de musgo rizado. Al norte —hacia donde se dirigía— había una especie de canal, uno de esos largos estanques de agua estancada que se forman entre los trozos de tierra a los que se agarran los árboles. Probablemente podría saltarlo si tomaba carrerilla, pero no quería abandonar su cobertura en ese momento. No podía ver a través del líquido fangoso. Los rodianos locales probablemente habrían puesto allí una trampa, ya fuera alguna clase de veneno químico de contacto, pinchos y estacas, o alguna clase de criatura. Al menos eso es lo que Bocck habría hecho si fuera un rodiano protegiendo su territorio. Los de esta zona se mostraban paranoicos ante otros clanes rivales y los rufianes enviados por Navik el Rojo. Y después de sus últimas visitas, Bocck estaba seguro de que también le miraban a él con recelo.

Al sur había unos cuantos pedruscos cubiertos de enredaderas, y luego más árboles selváticos. Mucha cobertura para una partida de caza rodiana sedienta de sangre. Mucha gente pensaría que disparar a algunos rodianos en su propio territorio era una insensatez, pero Bocck sabía que era un modo efectivo de alejarlos de su enclave para cazar. ¿Y qué mejor forma para un cazador de recompensas de poner a punto sus habilidades, que convertirse temporalmente en la presa de la más infame especie cazadora de la galaxia?

Bocck había disparado a muchos rodianos de la jungla provincial en viajes previos. No parecían muy diferentes a los rodianos de la ciudad; sus ropas estaban un poco más raídas, pero seguían siendo extremadamente inteligentes en la caza, y seguían usando blásteres. No eran bárbaros; eran simplemente clanes exilados, grupos que habían sido perseguidos en las ciudades, y puristas que creían en los métodos antiguos y violentos en lugar de en los nuevos e industrializados. Todos tenían buenas razones para proteger su terreno.

Llevaba observando una roca durante casi 10 minutos cuando una de las enredaderas tembló. Había un rodiano oculto tras esa roca, pensó Bocck, con unos cuantos colegas suyos cerca. Esto no iba a ser fácil. Examinó el suelo entre las raíces del árbol selvático que le servía de escondite; un par de ramitas, humus húmedo, y un par de piedras del tamaño de un puño. Bocck tomó las piedras en una mano y luego miró por encima de la raíz al estanque estancado. Si tenía razón y había algún tipo de trampa en el agua, ese plan podría funcionar…

Con un giro de muñeca, las dos piedras cruzaron el aire, y luego cayeron una detrás de otra en el agua. Haciendo bocina con su mano libre junto a su boca, Bocck lanzó un grito de sorpresa en dirección al estanque.



Cuando se volvió hacia las rocas cubiertas de enredaderas, Bocck supo que sus cazadores habían mordido el anzuelo. Asumiendo que su presa había caído en la trampa del estanque, tres rodianos con rifles bláster saltaron de sus escondites y corrieron hacia el agua. Bocck disparó tres descargas de ballesta, cada una de las cuales encontró su objetivo en un desafortunado rodiano. Ahora que el ataque inicial había acabado, podía tomar carrera para saltar el estanque.

Incluso mientras saltaba sobre el agua, Bocck seguía sin poder ver nada bajo su oscura superficie, pero pronto se dio cuenta de que tenía que haber estado observando la otra orilla. Un rodiano solitario había logrado deslizarse a ese lado mientras Bocck estaba observando las rocas. El rodiano apareció de pronto desde detrás de un árbol y golpeó a Bocck en la tripa con alguna clase de bastón hecho con fuerte madera de la jungla. Cayó de espaldas sobre el suave humus cerca del estanque, y luego rodó sobre sí mismo a tiempo de evitar el bastonazo descendiente que le lanzaba el rodiano. Bocck agarró el extremo del bastón y tiró de él para acercar a su oponente. Usando el impulso del rodiano, Bocck soltó el bastón, agarró a su atacante por el cinturón, y lo lanzó al estanque.

Bocck había estado en lo cierto acerca del agua aparentemente inocua; en lugar de flotar en la superficie, el rodiano pareció quedarse allí pegado, inmóvil y sin vida, empalado en las afiladas estacas que acechaban justo bajo la superficie…

Un disparo convirtió en astillas parte de un árbol cercano. Bocck se levantó y se giró para disparar al rodiano que se agachaba buscando cobertura tras una de las rocas; soltó un graznido cuando el proyectil de la ballesta energizada le penetró en el pecho. Entonces Bocck comenzó a andar, atravesando la gruesa jungla rodiana como si hubiera nacido y crecido allí.

Unos kilómetros más y Bocck alcanzaría las afueras de Ciudad Ecuador. Allí conseguiría un transporte a su hotel justo a tiempo para un baño relajante, una exquisita cena y una partida de sabacc nocturna. Era un día perfecto en sus vacaciones anuales de entrenamiento en Rodia.

Soporte para la gloria

La jefe de mecánicos, a la que llamaban simplemente Jefe, volvía a estar despierta hasta tarde, acuclillada en la esquina del hangar-almacén, tratando de conseguir que el reactor de la unidad de calefacción funcionara. Los demás técnicos estaban dormidos en los destartalados contenedores de carga que servían como barracones. Al menos eran ligeramente más cálidos que el hangar. La inmensa zona de almacén era tan fría como Hoth, pero al menos en ese planeta helado tenían ropa y equipo preparado para el frío que les mantenía calientes en las bahías de servicio cubiertas de hielo.

Jefe volvió a hacer fuerza con la llave dinamométrica, pero salió volando del generador de energía, cayendo con estrépito sobre el suelo de dura roca. Se sentó sobre la fría rica y meneó la cabeza. Era demasiado. Después de un accidentado despliegue en Kile, Jefe y los demás técnicos del equipo de soporte del Escuadrón Pícaro habían caminado cruzando tierras yermas e inestables, se habían enfrentado a una súbita riada, y habían encontrado el contenedor de carga con su base prefabricada en las colinas rocosas. Entonces sacaron todas las piezas de plástico moldeado y las ensamblaron, bajo la dirección de unos cuantos ingenieros rebeldes, cada uno de los cuales creía que *él* era el comandante de la base.

Dentro de un día más o menos, los Pícaros aparecerían en el sistema, permanecerían unos días, completarían su misión y se marcharían, llevándose la gloria con ellos. El equipo técnico hace todo el trabajo, y esas estrellas montadas en cohetes se llevan todo el mérito. Si no fuera por su soporte técnico, los Pícaros no pilotarían esos maltrechos cazas estelares, y no podrían aterrizar con ellos en la base de apoyo en Kile. Jefe estaba harta de malgastar sudando su vida para que la de algún piloto de caza fuera más fácil.

Se acabó. Jefe ya había decidido que quería abandonar esa unidad. Ya estaba todo preparado. Si lo lograba, habría acabado con la Rebelión y desaparecería del mapa con suficientes créditos para ser feliz el resto de su vida.

Se quitó la gorra del uniforme y se sujetó el pelo en una coleta para mantenerlo alejado de sus ojos mientras miraba fijamente la unidad calefactora averiada. Con unas cuantas horas más de trabajo, Jefe podría ser capaz de sacar un poco de aire caliente de ella; ciertamente no lo bastante para calentar ningún rincón de la base de cazas improvisada hasta niveles confortables. Pero por ahora tendría que bastar… hasta que llegasen tiempos mejores. Y Jefe sabía que pronto llegarían…

Réquiem para un rey

El rey Haxim estaba sentado en un banco de piedra, observando en silencio su entorno. Los jardines reales se extendían hasta donde alcanzaba su vista; en el horizonte no aparecía ni siquiera el asomo de un muro o una torre del palacio. Una fuente cercana borbotaba una melodía placentera y aleatoria, mientras los insectos zumbaban en los cercanos árboles en flor. Haxim tomó una bocanada de aire; agua fresca, polen fragante, el aroma de las suaves escamas de su piel. Abrió los ojos y se embebió del verde esplendor que le rodeaba, representante de todas las características naturales más bellas de su hogar.

El rey Haxim esperaba su muerte.

Sus heraldos le habían hablado del desastre en las cercanas instalaciones de investigación imperial. Habían visto por sí mismos los resultados de las bacterias que se extendían, al encontrar los cuerpos en descomposición de los técnicos de laboratorio, yaciendo en las puertas del búnker del que habían ansiado escapar. Los sirvientes le habían hablado de revueltas en las ciudades conforme los súbditos del rey sucumbían a la plaga necrotizante. Haxim ya había visto infectarse a buena parte del personal de su palacio, y desde entonces los heraldos habían perecido por la enfermedad desencadenada por el Imperio.

Al contrario que sus súbditos, el rey Haxim no intentaría huir de la muerte; sabía demasiado bien que pronto vendría a reclamarle. Si la bacteria no consumía su carne, estaba seguro de que las naves de guerra imperiales que flotaban en órbita harían llover muerte sobre sus cabezas en un crudo aunque efectivo intento de eliminar su abominación científica. No quería vivir, porque ante sus ojos quedaría poco que ver. Incluso aunque sólo su reino quedara devastado, la tierra sería por siempre una mancha en el planeta Falleen y su pueblo.

Su única esperanza de venganza quedaba en su hijo. El príncipe Xizor, que había abandonado el planeta años atrás en su «peregrinaje» y nunca había regresado. La tentación de una galaxia mayor le había atrapado, le había consumido con sus poderes y sus lujos. Tal vez Xizor usara lo que había ganado allí para vengar la desgracia de su hermoso planeta natal. Un propósito adecuado para alguien que con tanta ansia había abandonado Falleen en busca de una gloria mayor, pensó Haxim.

El rey miró hacia arriba, más allá de las copas de los árboles y las nubes que se arremolinaban perezosamente. Allí vio las cuñas blancas de las naves imperiales. Y de sus panzas brotaron brillantes flores verdes de turboláser.

La Guerra es como el Amor

Un poema de Canthar, el gran jefe guerrero epicanthix

Mi arco es curvo como tu esbelta figura,
Tensando tu arco en batalla junto al mío,
Enfrentándonos a nuestros rivales para salvar nuestro amor y nuestro clan,
Si no luchamos, perdemos nuestro propio ser;
Los enemigos eliminan de este mundo nuestras acciones y nuestro amor,
Y morimos en el anonimato.

Estamos hechos de sufrimiento

La siguiente declaración fue descubierta en unos archivos de datos recuperados de unos restos cercanos a Ubertica:

La Historia puede cuestionar mis motivos, pero sus acusaciones no me preocupan. Nuestro pueblo, los Ubeses Auténticos, hemos vivido demasiado tiempo en el exilio, mientras que los *yrak pootzck* han continuado con su vida fácil, usurpando el lugar de la galaxia que nos pertenecía por derecho. Es por honor y por justicia por lo que luchamos.

Dicen que somos de la misma sangre, pero no lo somos. Hemos soportado milenios de sufrimiento mientras ellos vivían entre lujos y comodidades. Nosotros, los Ubeses Auténticos, nos hemos ganado nuestra dura existencia arañando a golpes nuestro sustento en los páramos yermos de nuestro planeta, luchando contra clanes hostiles, tierras envenenadas y depredadores salvajes. Los farsantes, los *Yrak pootzck*, han disfrutado de su vida fácil, gozando de los campos y colinas verdes de Ubertica, disfrutando de la estabilidad política que les fue otorgada por sus amos republicanos e imperiales. Nuestro pueblo es considerado marginado, mientras que el suyo es aceptado como una raza bienvenida por toda la galaxia.

Así que yo, Savax del Clan Vorsazg, Maestro de la Guerra de los Páramos del Sur, he reunido a mis hermanos de clan para borrar el error con el que la historia nos ha maldecido. Si hemos de vencer esta maldición y emerger a la creciente galaxia, los *yrak pootzck* deben ser destruidos. Hemos adquirido cinco naves de guerra con las que haremos llover destrucción sobre Ubertica; y luego nosotros aterrizaremos en persona y acabaremos uno a uno con los supervivientes para borrar su memoria de este universo. Esa es la voluntad de Savax y el destino del pueblo ubés.

Tras conocer el ataque de Savax contra Ubertica, se envió una flota de sector imperial. Aunque la flota destruyó las naves y las tropas de Savax, fue demasiado tarde para detener el ataque, que destruyó muchas de las ciudades de Ubertica.

Mejor que nada

Platt estaba preocupada. Había tenido que realizar un aterrizaje de emergencia con el *Última Oportunidad* en la jungla dorajana, para hacer reparaciones. El piquete imperial en órbita no iba a dejarle irse alegremente sin permiso —especialmente con esa bodega de carga repleta de blásteres pesados de los suministros imperiales— y sus cazas TIE habían causado un buen daño en los acoplamientos de energía de sus motores iónicos. Y si no lo arreglaba todo pronto, ese Destructor Estelar de allí arriba detectaría su posición y enviaría a alguien fuertemente armado para capturarla.

—CeUve —llamó Platt, con su voz resonando por el conducto de mantenimiento bajo el compartimento principal de tripulación. Asomó la cabeza fuera del agujero en el suelo de la nave, del que había retirado la plancha de la cubierta—. ¡CeUve! ¡Ven aquí y tráeme la caja de herramientas!

En algún lugar de las entrañas de la nave, la caja de voz de un droide asp graznó con tonos metálicos:

—Afirmativo.

Platt se inclinó sobre las planchas de la cubierta, tamborileando con los dedos. CeUve caminaba lentamente por la nave, con los servomotores de sus piernas emitiendo un fuerte sonido de engranajes a cada paso. La contrabandista sería la primera en admitir que CeUve era lento, tanto en locomoción como en velocidad de procesado. También era barato, y Platt a menudo necesitaba ayuda en la nave, sin importar lo aparentemente simple o estúpida que esa ayuda resultara ser.

CeUve llegó ruidosamente hasta el agujero creado por la plancha de cubierta faltante y dejó caer la caja de herramientas al suelo.

—Afirmativo.

—Gracias —murmuró Platt mientras comenzaba a rebuscar en la caja de herramientas. Tras encontrar la palanca de energía, se retiró al hueco de acceso, posicionándose en el estrecho espacio para mover una tubería que había impactado contra los acoplamientos de energía. Cuando lo hubo extraído todo, comenzó a encajar los nuevos acoplamientos en su lugar.

—¡Eh, CeUve! —exclamó—. Búscame la hidrollave.

Platt no escuchó el acostumbrado «afirmativo». Pero CeUve dio varias vueltas con sus pasos metálicos por las planchas de cubierta. Tras un buen rato sin que le entregara la hidrollave —que estaba justo ahí, en la caja de herramientas— Platt comenzó a preocuparse. Gateó hasta la salida del conducto de acceso y asomó la cabeza por la escotilla de la cubierta. CeUve avanzaba por el pasillo hacia la cabina.



—¡CeUve! —llamó—. Ven aquí. —El droide se giró, obediente, y caminó pesadamente de vuelta a la escotilla de acceso—. Te he pedido la hidrollave —le reprendió, sacando herramientas de la caja—. ¿Por qué ibas hacia la cabina?

—Negativo —respondió CeUve.

Platt encontró la llave en el fondo de la caja de herramientas.

—Está aquí mismo —dijo Platt, tendiendo la hidrollave a CeUve para que la examinara—. ¿No sabes distinguir entre una hidrollave y la cabina?

—Negativo.

—¿Qué retorcida lógica de programación infesta esa cabeza tuya? —dijo, enfadada—. ¿Cómo es que eres capaz de identificar la caja de herramientas para traérmela, pero luego no puedes encontrarme la hidrollave?

—Negativo. Negativo.

—No me vengas con «negativos», viejo montón de chatarra oxidada.

Platt soltó un suspiro y meneó la cabeza. No tenía sentido perder el tiempo discutiendo con el droide. Las cosas serían mucho más simples con un droide astromecánico, aunque ellos *tendían* a ponerse cascarrabias con el tiempo.

Platt tomó la hidrollave y se agachó en el agujero de mantenimiento para sujetar el nuevo acoplamiento de energía.

—¿Sabes, CeUve? No eres un asp —exclamó Platt—. ¡Eres un maldito dolor!

—Afirmativo.

—¿Por qué no vas a buscarte un rincón cómodo y te apagas?

—Afirmativo.

Droide estúpido.

Sin escapatoria

Rixen se abría paso por la plaza central del Puerto de Pasajeros de Kuat entre millones de viajeros más. Se ajustó las correas de su mochila mientras examinaba todas las paredes donde pudiera hacer un puerto de ordenador… con un droide de información en particular conectado a él.

Encontró a L1V-IN conectado cerca de una tienda de artículos de viaje. El droide de información estaba indicando a dos turistas de Gruvia perdidos la dirección a la oficina más cercana de billetes de Cruceros Estrella del Núcleo. Rixen apoyó la espalda contra el muro, esperando su turno para hablar con el droide. Eso también le dio la oportunidad de echar un vistazo a la ajetreada multitud para asegurarse de que no había imperiales cerca… ni tampoco Do'naal, el doble agente que la había estado siguiendo desde Byblos. No. Nadie salvo el bullicioso gentío de siempre, unos cuantos transportistas autónomos reunidos alrededor de un quiosco de comidas cercano, y un técnico de mantenimiento tratando de arreglar un droide de limpieza roto.

Los turistas gruvianos se alejaron siguiendo su camino, y Rixen se acercó a L1V-IN.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el droide.

—Sesenta y siete sirenas siderales sisearon simultáneas —dijo ella, usando una de las frases en código. Era un trabalenguas inocuo, pero era también algo que poca gente diría a un droide de información en un agitado puerto estelar—. Rixen. Identificación.

Los sensores de vídeo de L1V-IN giraron en sus cuencas, examinándola de pies a cabeza. Sus programas internos de análisis de habla estaban zumbando, escrutando sus patrones de voz.

—Confirmado —trinó el droide—. ¿En qué puedo ayudarle, Rixen?

—Mensajes —dijo ella con brusquedad. Rixen miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie estaba prestando demasiada atención a su conversación con L1V-IN.

—Tres mensajes —dijo el droide—. Mensaje uno: Stabris informa de que Vewin ha sido capturado por agentes imperiales en Kelada. Fue interrogado a conciencia y ahora se le considera un riesgo de seguridad.

Vewin había sido uno de los mejores agentes. La Alianza Rebelde le echaría de menos, pero no podía ofrecerle ninguna ayuda. ¿Quién sabía cuánto les había contado a los imperiales acerca de sus operaciones en los sectores adyacentes?

Rixen quedó inmóvil cuando unos oficiales de Aduanas Imperiales pasaron cerca, aparentemente con prisas. Pensó que era mejor cambiar la conversación por el momento:

—¿Y después de que gire a la izquierda en la Puerta 96B, encontraré el mostrador de embarque de la *Nube Luz de Estrellas*?

La programación de L1V-IN captó la señal y le siguió la corriente.

—Sí —respondió—, pero asegúrese de tener toda su documentación dispuesta para el funcionario del mostrador.

Cuando los oficiales desaparecieron de la vista, Rixen ordenó a L1V-IN que continuara.

—Mensaje dos: Stabris ha seguido camino hacia los Territorios del Borde Exterior, ya que se han incrementado las operaciones imperiales de contra-espionaje en los Mundos del Núcleo y las Colonias. Permanecerá en Bimmisaari y esperará a contactar con usted.

Parecía que los planes de viaje de Rixen iban a cambiar. Sin embargo, tal vez fuera mejor que se mantuviera lo más lejos posible de los Mundos del Núcleo, por ahora. La Inteligencia Imperial estaba interceptando sus operaciones allí, y cada vez era más y más implacable persiguiendo a sus agentes.

—Mensaje tres: Del agente Do'naal.

¿El agente Do'naal? Rixen se preguntó cómo era posible que el supuesto espía imperial hubiera accedido a uno de los droides de información modificados de la rebelión. Algo no iba bien…

L1V-IN continuó comunicando el mensaje.

—Está rodeada. Ponga las manos sobre la cabeza. No haga movimientos bruscos.



—¿Qué? —exclamó Rixen. Antes de que pudiera apartarse del droide, fue rodeada por varios agentes imperiales encubiertos, todos ellos apuntándola con sus blásteres. Habían estado en todas partes, esperándola; los transportistas autónomos que disfrutaban de su caffa en el puesto de comidas, el dependiente de la tienda de artículos de viaje, el técnico que reparaba el droide de limpieza, incluso los dos viajeros gruvianos «perdidos».

La mano de Rixen voló al bolsillo externo de su mochila. Si podía pulsar el interruptor de hombre muerto, activaría una carga de detonita oculta en L1V-IN que se llevaría por delante a ella y a todos los agentes.

Antes de poder extraer la caja del detonador remoto, un férreo agarre le sujetó la muñeca y le apartó la mano de la mochila. Presa del pánico, Rixen no se había dado cuenta de que alguien se había deslizado tras ella… Do’naal. Le presionó el brazo contra la espalda, extrajo el bláster de mano de la funda que la agente llevaba oculta bajo la chaqueta, y dejó caer el arma al suelo.

—Te estábamos esperando, Rixen, querida —le masculló al oído—. No podíamos dejar que abandonaras los Mundos del Núcleo sin una última charla con tus viejos amigos de la Inteligencia Imperial, ¿verdad?

—¿Cómo me habéis encontrado? —tartamudeó Rixen, comenzando a perder los nervios. Sabía que no iba a tener ningún encuentro con Stabris en el Borde Exterior—. Hay casi medio millón de estos pequeños droides de información vagando por el Puerto de Pasajeros de Kuat. ¿Cómo descubristeis que este era nuestro punto de contacto?

—Tu amigo Vewin fue de lo más cooperador, con los incentivos adecuados —dijo Do’naal con una mueca—. Por suerte fuimos capaces de reprogramar a este pequeño droide amigo tuyo antes de que llegaras a Kuat. Qué lástima.

Varios soldados de asalto llegaron a la escena. Do’naal empujó a Rixen hacia ellos, y ellos le arrebataron la mochila y le sujetaron las muñecas a la espalda con bandas de contención.

Do’naal mostró una sonrisa malvada y se acarició la barba.

—Voy a disfrutar especialmente interrogándote yo mismo.

Entonces los soldados de asalto condujeron a Rixen a las mazmorras de detención imperiales.

Todos los extras

Dash Rendar descendió la rampa de acceso al *Escolta* saliendo a la inmensa bahía de reparaciones en las profundidades de la Torre 214 del Puerto Estelar de Byblos. Por todas las paredes del hangar había apiladas piezas sueltas de naves estelares, y mecánicos de todas las especies y descripciones corrían de un lado a otro, clasificando equipo o reparando el carguero pesado que se encontraba en el hangar técnico adyacente.

Una diminuta sullustana se acercó, con las gafas de protección subidas en la frente y herramientas asomando de cada bolsillo de su mono de trabajo.

—Rendar —saludó con voz chillona—. Te estaba esperando.

—Sí, Bolabo, acabo de adquirir esta nueva nave estelar, y me preguntaba si podrías reacondicionarla.

—Es una belleza —dijo Bolabo, caminando alrededor del *Escolta* con el ojo experto de un técnico profesional—. Uno de esos nuevos YT-2400 corellianos, ¿verdad? Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno en persona. Debes haber pagado una suma bastante considerable por esto. Y en perfecto estado, además.

—Digamos que tengo un viejo y generoso tío twi’lek que aprecia mis servicios de transporte —dijo Rendar—. Espero que tengas algunos sistemas calentitos para instalarle.

—Claro, Rendar, los estaba guardando para ti —dijo Bolabo—. Te hemos estado siguiendo la pista. Sabía que volverías por aquí en cuanto supe que este YT-2400 había caído en tus manos. Así que tengo algunos componentes adecuadamente «calentitos» que podemos instalarle. Primero desmontaremos los generadores de escudo, instalaremos algunos capacitores del bucle de energía y reconstruiremos todo el conjunto del sistema. Entonces sacaremos el hipermotor barato que los corellianos le hayan instalado y te equiparemos con algunos de los nuevos motivadores de hipermotor que mis amigos de Sullust han conseguido pasarme de contrabando. Por supuesto, retiraremos esos cañones bláster debiluchos y pondremos en las torretas algo con un poco más de pegada, añadiremos un sistema de misiles de conmoción bajo la cabina, y luego lo conectaremos todo a uno de esos nuevos y elegantes ordenadores de combate que nos hemos agenciado en la torre de investigación de Sistemas de Flota Sienar, aquí en Byblos. Ni te imaginas lo laxa que es su seguridad. Entonces recubriremos todo el casco con este aerosol negro cromado deflector de sensores que alguien encontró en un almacén imperial de alto secreto. Parece funcionar bien en cargueros ligeros, aunque no me queda mucho. Y finalmente, destriparemos los motores iónicos y reajustaremos las abrazaderas con esos tres motores de iones KonGar KGDefender de grado militar. Mis… eh… «agentes de compras» los trajeron del departamento de ingeniería avanzada de la Academia de Corulag. Muy rápidos. Muy ilegales. Con toda esa chatarra instalada, harás la Carrera de Kessel en tiempo record.

—Suena genial —dijo Rendar, con un gesto receloso en la mirada—. ¿Cuánto va a costarme?

—No intentarás regatear conmigo, ¿verdad, Rendar? —le reprendió Bolabo—. Como te he dicho, hemos estado siguiendo la pista de un piloto de primera como tú. Tengo entendido que batiste el record tomando el Atajo Sevari. Saliste con la bahía de carga llena de especia carsunum. En los mercados adecuados se paga una buena cantidad de créditos por ese material.

—Y yo conozco los mercados adecuados —presumió Dash.

—De eso se trata: obtuviste el mejor trato por tu cargamento, estoy segura. —Bolabo extrajo una gastada tableta de datos de un bolsillo de su mono y comenzó a teclear cifras—. Digamos que te doy la mejora completa por… esta cantidad.

Tendió la tableta de datos a Rendar, y este soltó un jadeo de sorpresa.

—¡Has debido perder esa pequeña cabeza sullustana tuya!

—Sí, claro —dijo Bolabo, volviendo a teclear los números en la tableta de datos—. Siempre puedo encontrar otro cliente para esos motores iónicos KGDefender ilegales. Robar uno de esos no es como recoger bayas, ¿sabes? No te preocupes. Tengo entendido que el viejo Tru'eb está pensando en reemplazar esa lamentable excusa de sistema de impulsión que lleva en el *Estrella Luudriana*…

—Vale, vale —aceptó Rendar—. Pagaré. —Bolabo estaba pidiendo prácticamente todos los créditos que había ganado con la especia carsunum. Pero merecía la pena. El *Escolta* estaría tan cargado de extras que incluso Han Solo se pondría celoso—. ¿Dónde tengo que firmar?